

Duendes

12 - 15 años

Digitalising Lua

Martín Quirós



Sinopsis

Lua es una chica soñadora que tiene una fuerte pasión por la lectura. Cuando un *reader* aparece en su vida comienza para ella un increíble mundo de imaginación y aventuras. La ficción se mezcla con la realidad y el universo comienza a ordenarse según coordenadas inesperadas. Los personajes no son lo que parecen, el tiempo se vuelve una quimera más. El *reader* hace la función del espejo para Alicia y Lua salta a través de él a un nuevo y curioso país de las maravillas.



Martín Quirós (Madrid, 1989), es estudiante de Comunicación Audiovisual y se responsabiliza del área de Fotografía en Luarna. Imagen gráfica, cine y literatura se mezclan en sus intereses que aún no pueden siquiera denominarse carrera profesional.

Luarna

Digitalising Lua

© 2010, Martín Quirós Ruíz

© 2010, Luarna Ediciones, S.L.

www.luarna.com

Ilustraciones: Jorge García Redondo

Madrid, mayo de 2010

ISBN: 978-84-92684-85-4

Versión 1.0 (24-05-2010)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Digitalising Lua

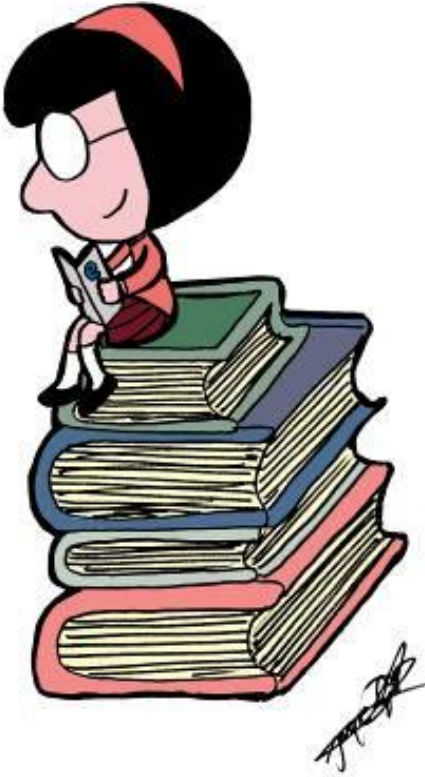
Martín Quirós



Índice

I	6
II.....	10
III.....	15
IV.....	22
V.....	28
VI.....	34
VII	41
VIII.....	48
IX.....	53
X.....	62
XI.....	68

I



— ¿Lua, vienes a merendar? Tus hermanos están esperando.

— No. No tengo hambre. ¡Luego!

La madre de Lua salió por la puerta, mordiéndose los labios e hincando las uñas en el delantal. Decidió no llamar a la puerta en todo lo que quedaba de tarde.

Diálogos como éste, parcos y escuetos, se repetían diariamente en casa de Lua. Una casa pequeña, que aparentemente reventaba de tanta gente que albergaba dentro. Desde la niña más rebelde hasta el hermano más estudioso y académicamente brillante.

Lua vivía rodeada de sus cinco hermanos y de unos padres cuanto menos impecables. Pero su mundo se construía mayoritariamente en su cuarto. Lo que

ocurría tras cruzar la puerta, la línea divisoria, la frontera, era enteramente banal.

En su madriguera, Lua convive con cientos de libros. Sumergida en el mundo de la lectura, vive tantas aventuras como libros tiene. Habla, canta, ríe y baila, puesto que vive todos y cada uno de los párrafos que lee.

A pesar de todo, tiene grandes amistades. Pero a diferencia de los demás, ella prefiere divertirse en el cuarto, alimentándose de lectura o compartiéndola con sus mejores amigas. Cualquiera diría que Lua es

una chica ordinaria, común, pero nadie sabe de sus otras vidas e inconfesables secretos. El aspecto negativo es bien claro, sus amistades se aburren bien rápido, y terminan por no visitarla en casa.

Lua es condesa, princesa, villana y víctima de villanos. De vez en cuando confunde realidad con fantasía, y ello le crea verdaderos desengaños. De repente, como por arte de magia, sus collares de perlas y vestidos de gasa se desvanecen. Se encuentra de nuevo con un viejo uniforme de colegio, y con sus enormes gafas haciendo las veces de diminutos ojos. Unos ojos que acechan desde detrás del cristal, dispuestos a aferrarse a nuevas perversiones fantásticas y poco mundanas.

Últimamente Lua vivía con un trauma. Su madre había decidido no comprar más libros, al menos por el momento. Limitaba el máximo de libros a dos por mes.

Lua se sentía a menudo aburrída, que no sola, pero sí tremendamente perdida y adormilada. Releía algunos libros, pero cuando se encaminaba a hacerlo por cuarta vez, desistía. Prácticamente era capaz de recitar poesías de memoria, conocía el final de todas y cada una de sus novelas, leía sin apenas intriga. Le faltaba algo, y por fin descubría lo que era.

Necesitaba seguir alimentando su hambre, su sed, su necesidad básica. La lectura. Sus hermanos y padres apenas habían desarrollado tal afición, no tenía ni tan siquiera la posibilidad de tomar algún libro por prestado. Entraba a hurtadillas en el cuarto de sus padres y sólo veía periódicos y revistas de informática. Los cuentos de sus amigas, tres cuartos de lo mismo, apenas suponían nada nuevo para Lua.

Un día de esos, en los que buscaba por casa sin apenas sentido, halló algo. Una de esas revistas de informática, de su padre. La portada le llamó la atención. Dedicada en exclusiva a un moderno aparato. Algo así como un lector digital, un "e-reader", tal y como rezaba la portada. Lua lo observó detenidamente, leyó los artículos acerca de él.

Quedó maravillada.

¿Cuánta capacidad podía contener aquella imitación de un libro?

¿No era ni más ni menos que la solución perfecta a todos los montones de libros que decoraban su habitación?

En un principio, desechó la idea, pero segundos después la locura la hizo dar un paso más. Compraría aquel aparato, lo conseguiría por mucho que valiera todo el oro del mundo. Merecía la pena.

Hizo recuento de sus ahorros en innumerables ocasiones. Pero ni tan siquiera se veía capacitada para comprar un polo de fresa, ¿cómo diablos iba a lograr aquel invento?

Lua esperaba meses. Meses de desesperación y de ahorro, con tan solo un libro de regalo a modo de su 12º cumpleaños. Cada vez exigía más, cada vez devoraba más.

Necesitaba su pequeño y oscuro libro digital. Llegó a pensar, incluso, que nunca lo tendría entre sus manos.

La ofrenda divina no tardaría en llegar en forma de caja de cartón, pero no precisamente por voluntad de Lua. Al parecer, estaba a cargo de su padre. Pero Lua se ofreció a recogerla con mucho gusto y una sonrisa amable. Seguramente, nadie en aquel hogar le daría tanto uso como ella.

Su padre le guiñó el ojo, la cogió suavemente del hombro y la dirigió a la cocina, donde tan solo silbaba una oxidada tetera.

— Esto es un secreto entre tú y yo. Ahora que nadie nos puede oír, hija.

— Papá, no quería coger este aparato. Ni tan siquiera sé lo que es, solo por curiosidad... — Lua titubeaba, le temblaban ligeramente las manos y sudaba nerviosamente — .

— Tranquila. Sé muy bien lo que quieres. ¿Acaso crees que no vi como leías aquella revista? Es todo tuyo, es para ti, Lua. Es mi regalo de cumpleaños, aquel que deseabas tener. ¿No es así? — Su padre añadió después una sonrisa, en un intento de calmar la mezcla de nervios y euforia por la que transitaba Lua — .

— ¿De verdad? — Contestó Lua con los ojos diminutos, pero bien abiertos, tras los grandes ventanales — .

— De verdad. Vigila que no lo encuentre tu madre, ya sabes. Esto queda entre tú y yo. Solo lo hace por tu bien, tiene miedo de que te encierres y no tomes el aire.

— Descuida, papá. — Lua se giró, dirigiéndose a su cuarto, lentamente. Casi como sin terminar de creer aquello que acababa de suceder — .

— Espera jovencita. ¿No me merezco algo? — A continuación su padre le arrimó la mejilla, y Lua, con sus labios arrugados, le besó tan fuertemente que apenas le quedaba aire — .

La sonrisa que se le dibujó aquella tarde, una sonrisa tonta e inocente, tardaría mucho tiempo en borrarse.

Lua no podía creerlo. Al menos no todavía.

Tenía en sus manos el mayor regalo. Desde ese momento comenzó a profesar algo inmenso por su padre, una amistad inimaginable. No tardaría en nombrarle compañero de juegos y aventuras imaginarias. Alguien que comprendía que aquello significaba para ella tanto como dormir o socializarse.

Guardó el aparato, repleto de novelas y cuentos de muestra, bajo la cama, pegado a la pared. Esperaba encontrarse, por lo menos, con historias para sobrevivir durante meses.

A partir de aquí, empezaba la mayor aventura.

Comenzaba un sinfín de historias para reír a carcajada limpia o llorar. Abrazaba, siempre que podía, aquel aparatito con firmeza. Lo adoraba tanto o más que un dueño ama a su perro. Quizás no ladraría, ni daría señales de vida, pero aquel aparato le sería tan fiel como un can. El cariño, proveniente de un objeto inmaterial, lo tenía asegurado.

II

Una calurosa tarde, de esos días inestables de primavera, cuando comenzaba a ponerse el sol, Lua decidió emprender su primera y más excitante aventura.

Abrió su diminuta maquinita, almacén de numerosas novelas, cuentos y poesías. Comenzó a buscar entre los cientos de historias que ésta contenía, hasta que dio con uno cuyo título le llamó mucho la atención.

No recordaba haberlo oído antes, pero sentía como todas aquellas letras luminosas le agarraban de la cintura, y tiraban de ella. Se sentía empujada hacia la pantalla del *e-reader*, con una fuerza indescriptible.

Y pensó que aquello no podía significar nada malo, que al fin y al cabo siempre podría regresar a la realidad. Lo que sucedió a continuación se repetiría de nuevo cada vez que Lua decidiera sumergirse en cualquiera de las historias del aparato.

Pero aquella vez, se confesó a sí misma, que había sentido cierto miedo. Quizás simplemente porque era la primera ocasión en la que tenía oportunidad de sentir lo que muy pocos eran capaces.

La inmersión comenzó, rápida pero tranquila. Lua se vio rodeada de un pequeño universo estelar, de miles de luces girando a su alrededor, de letras y números. De cifras y palabras. Oía voces, voces que hablaban en



distintos idiomas, distribuidas por todo aquel mini-universo paralelo. Se preguntó cuántas galaxias cabrían en aquel sistema lector. Varios haces de luz la cegaron durante varios segundos, ciertamente intensos, conformando una red de brillos entretejidos que la sostuvo en la nada.

Lua estaba prácticamente inmóvil, apenas sus ojillos eran capaces de retratar esferas de color, aquellas que aparecen después de haber estado sometido a altas luces. Cierras los ojos, y entonces eres capaz de verlas. "Las luces saltarinas", tal y como las denominaba Lua.

Una nueva sacudida balanceó a Lua de tal manera que sintió como caía, como caía con peso pluma, y se desplomaba ligeramente sobre un suelo terroso.

Abrió por fin los ojos.

Poco a poco recobraba la visión. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué era aquel lugar? La nube de polvo que la rodeaba le impedía aún poder asegurar si había aterrizado en un bosque, en una ciudad o en una inmensa playa.

Una vez se hubo retirado aquella suciedad que la envolvía, Lua se colocó las gafas y se puso en marcha, caminaba por un sendero arenoso, rodeada de altos arbustos e innumerables flores. Parecía un esmerado jardín, que procuraba una ensalada de fragancias. Fragancias de todo tipo, que entremezcladas causaban alivio, si es que se podía denominar así. El absolutismo del jardín reinaba en aquel paraje, al parecer, nadie más se encontraba con ella.

De vez en cuando una mariposa surcaba sus mejillas, rozándole con sus alas en pos de acariciarla, y el polvo que de estas se desprendía parecía curar hasta la más invisible herida. Lua se ruborizaba, caminaba extasiada, sonriente.

Había logrado internarse en aquella historia, aquella historia cuya temática ni tan siquiera conocía. De repente apenas podía recordar el título, ¿cómo era? ¿"El atardecer en..."? ¿"Tardes de..."? No, no era capaz de recordar. Era como si, por arte de magia, se hallara totalmente incluida en un nuevo mundo.

Ciertamente, la luz se desvanecía lentamente. Las nubes clareaban, y el cielo, en cambio, se oscurecía. Como si se tratara de una obra poética, todo el escenario comenzaba a cambiar, con un ritmo vertiginoso. Como si la Tierra girara más rápido que nunca en torno al Sol. Como si el día fuese un mínimo y corto espacio de tiempo. ¿Estaría en otro planeta?

El cambio que aquel espacio experimentó fue puramente poético. Las sombras de la vegetación, recortada y cuidada, se proyectaban sobre los senderos. Unos reflejos cuyos bordes tenían tonalidades rosadas y anaranjadas. Un atardecer digno de ser descrito, pero tan rápido que apenas proporcionaba suficientes matices.

Quiso ver más allá, pero Lua ya no encontró más que la noche.

Su figura no era más que un trazo entre tanta nocturnidad. La leve luz de una media luna emergida, diminutas luciérnagas, y poco más. Lua no tenía miedo, sabía que algo tendría que pasar. Decidió andar torpemente, entre senderos laberínticos, hacia lo que parecía ser un manantial. De algún lugar brotaba un chorro de agua, golpeando como golpeaban las lentejas cuando su madre las soltaba sobre la mesa de cristal. Silbaba el aire, y se levantó una embriagadora brisa floral.

Lua se encontraba sentada en un pequeño arroyo, esperando con impaciencia, quizás, una gran aventura. Una aventura que parecía que no llegaría nunca. El tiempo le resultaba variable. Tan variable que de vez en cuando sólo sentía que habían pasado minutos, como ocurrió al aterrizar en aquellos jardines, y otras veces le parecía que esperaba allí sentada horas. Estaría desubicada, confusa. Eso pensó.

De repente, casi sin esperarlo, algo sucedió.

Lua no pudo reprimir un gritito, de ilusión, de alegría. Una conversación surgía de detrás de unas rocas. Unos brazos indicaban la presencia de alguien tras ella, alguien que hablaba con un poco de furia. Esto no hizo más que desesperar aún más a Lua, que todavía tenía en su mente lo precioso de aquel paisaje. Se hacía a la idea, de que el estado de ánimo de aquel personaje era completamente diferente al suyo propio, y al cual aquel paisaje pretendía crear.

– No es más que un crío. No puedes hacerle esto.

– Tiene 12 años, ya es todo un adulto, debe enfrentarse a lo que está por llegar. ¡Debe prepararse! – Esta voz era sin duda la que más temor causaba a Lua, una voz tremendista y agrietada, como si hubiera sufrido mucho dolor—. No hay otra salida, ¿entiendes?

– Dame otra oportunidad, te demostraré que es capaz de guardar el secreto. Por favor...

– ¡No! – La voz de nuevo surgió, más potente y esperpéntica que nunca, como si proviniese de un animal. Lua se imaginó a un ser humano con cabeza de lobo—. Y ahora, vete.

– Necesito...

– ¡Cállate, necia! – Interrumpía de nuevo este ser al que Lua tanto comenzaba a temer—. ¡Largo de aquí! La muerte no es más que un paso Dana, un largo paso.

Oyó un lloriqueo, muy suave.

Lua se estremeció, sufrió un escalofrío que le recorrió toda la espalda, bajando vorazmente desde su cuello hasta su coxis, dejándola totalmente como una estatua de piedra.

Las manos comenzaban a temblarle. Lua debía pensar algo, pero sólo se le ocurrió tumbarse, entre las hierbas, donde nadie pudiera verla. Intentó hacer el menor ruido posible. Sentía como había penetrado con fuerza en aquella historia, pero todavía era demasiado consciente de lo que era real y lo que no.

Por momentos, parecía intentar salir de ella. Parecía no querer estar ahí. Cuando estos pensamientos tenían cabida en su cabeza, Lua sentía de nuevo algo que le empujaba, algo que extraía su diminuto cuerpo de allá.

Pero no ascendía, más bien sentía que la tierra se hacía con ella, que la engullía como a un elemento más. Definitivamente, no estaba preparada, tenía miedo. Miedo de seguir. Muchas preguntas rondaban sus ojos

en forma de luces, de nuevo. ¿Qué está pasando? ¿Dónde estoy? ¿Por qué no sigo leyendo? ¿Acaso estaba leyendo, o viviendo todo cuanto leía? ¿Sigo en mi cuarto? ¿Sigo en el jardín?

La realidad golpeó duramente su cabeza. Se despertó erguida sobre su escritorio, golpeándose contra la lamparita que pendía del techo. El lector de libros, yacía tumbado en el suelo, completamente cerrado. Ni siquiera había caído abierto, se había cerrado con fuerza.

Todavía no era capaz de asegurar lo que había pasado. Lua tenía miedo, pero su madre ladraba desde la cocina. “Lua, Lua, ¿qué haces? ¡La cena!”.

Lua atravesó la puerta de su cuarto, como un alma en pena, no sin antes esconder su preciado aparato tras la mesilla de noche.

III

Hasta que no transcurrió la última semana de colegio antes de unas breves vacaciones, Lua había permanecido sumida en sus pensamientos.



Después de la última ocasión en la que había tenido contacto con sus lecturas digitales, la pequeña Lua estaba ciertamente apenada y extraña.

Cuando volvió a casa, bastante antes que sus hermanos (o eso le pareció), y dejó la puerta cerrada tras de sí, no tardó en recuperar su temporalmente abandonada afición lectora. Saludó a su madre desde el pasillo, y esta le respondió con un gesto cariñoso desde la cocina. Estaba especialmente contenta, seguramente por las notas de su hermano Víctor, o por el considerable tamaño que había logrado en sus magdalenas.

“¡Lua, aprovecha y haz los deberes, no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy!”

Lua pensó, por un momento, que su felicidad incluso pudiera radiar de verla tan social. Tan poco lectora, y tan externa a su cuarto.

Miró de reojo por el salón, pero su padre todavía no había llegado. Hizo zapping durante dos minutos en la televisión, y se aburría de tanto pulsar los botones del mando. Nada le apetecía ni le gustaba.

Casi como si se tratara de un eco, un sonido provino de su cuarto, resonando en las paredes de la casa. Lua se extrañó, quizá estaría exagerando o echándole imaginación. Según se aproximaba a su cuarto, el sonido remitía. Una vez dentro, Lua buscó nerviosamente el e-reader. Miró tras la mesilla de noche, pero allí no había nada.

El lector había desaparecido.

Lua sintió una presión en el pecho. Las manos comenzaron a temblarle, y entonces, como una poseída, se puso a buscarlo por todo su cuarto. Revolió en el armario, en los cajones, entre su ropa. Vacío de objetos su escritorio y se asomó incluso debajo de la cama. Aparte de una espesa manta de polvo, no encontró más que diminutas piezas de juegos recubiertas de pelusa.

No podía olvidarlo, estaba segura, la última vez que lo usó lo escondió tras la mesilla. De hecho, varias noches después se había asegurado de que continuaba allí. Sólo quedaba una opción: su madre. Lua se aterrizó con tan solo pensarlo.

La conversación no podría tener muy buen resultado. Lua se imaginó las palabras que podría emplear. *“Mamá... por casualidad... no habrás visto?...”* *“Oye, ¿has cogido algo que no te...?”*

Nada. Imposible. Lua observó de nuevo a su madre, incapaz de articular palabra. Esta última pareció no darse cuenta de su presencia, esforzada en regar un macetero con flores que pendía de la ventana de la cocina.

“Oye, tú, ¿buscas esto?”

Lua se asustó, no se había percatado de quién podía estar riéndose de ella de semejante manera. Para variar, su hermano mayor se la había jugado. Sostenía el lector en sus manos, con su afeada sonrisa llena de brackets.

— Dime, ¿lo quieres? — habló de nuevo, con su irónico tono de voz —.



— ¿Qué quieres Víctor? ¿Qué mosca te ha picado hoy? — Lua estaba ardiendo de rabia por dentro, y las ganas de propinarle una patada iban en incremento—.

— Nada. ¿Qué pasa, no puedo hablar un ratito con mi querida hermana? ¿Qué es esto...? ¡Oh, pero qué ven mis ojos! — Víctor comenzó a leer los últimos párrafos que Lua había dejado de lado una semana antes—.

— No te creo. ¿Qué quieres?

— *“Y la pequeña, se quedó escuchando largo y tendido aquella extraña conversación. Aquel hombre le daba verdadero temor. Debía hacer algo, debía avisar a su amigo del peligro que se cernía sobre él. Pero para ello necesitaría, induda-*

blemente, a su hermano Vic". –Víctor terminó de leer estas palabras, sin quitar su endiablada expresión – . Anda, si se llama como yo.

– No te lo voy a volver a repetir. ¿Qué quieres? –Lua comenzaba a agotarse, su paciencia comenzaba a desmoronarse – .

– Quiero participar. Quiero saber lo que tú sientes. ¡Quiero estar dentro Lua! Sé lo que haces cuando te encierras.

– ¡Eh, no voy a...!

– ¡No tienes otra opción! Si no, creo que yo podré cuidar mejor de este objeto que tú. Por lo visto, creo que a mamá no le gustaría saber de la existencia de esto... – Víctor interrumpió a Lua para ensañarse con fuerza, para mofarse de ella – . ¿Qué me dices?

– No... No quiero. Es mío, tú estudia, como haces siempre. ¡Y déjame en paz!

– Ah, ah, ah. Bien, voy a hablar con mamá – Víctor hizo ademán de irse, pero fue sujetado rápidamente por Lua – .

– ¡Quieto! De eso nada. Está bien, lo compartiré contigo. ¡Sólo por esta ocasión! – Lua se había terminado dando por vencida, no tenía alternativa.

– Así me gusta, hermanita.

Una vez estuvieron los dos en el cuarto, Lua abrió el e-reader. Estaba un poco empolvado, pero Lua sopló su portada y el polvo salió despedido por toda la habitación. Era como si aquel objeto le estuviera pidiendo uso a gritos, Lua podía casi oírle. Oía las aventuras que contenía dentro, deseando escapar y poder ser libres.

Víctor estaba, para variar, mostrando un gesto burlesco en señal de incredulidad.

– Si no crees en todo esto, ¿por qué tienes tantas ganas, Víctor?

– No sé, simple curiosidad. –A continuación agitó la cabeza de su hermana Lua en señal de burla, con su afán de dar señales de notoriedad. *“He aquí el hermano mayor”*, pensó Lua –.

– ¿Estás preparado?

Antes de que Víctor pudiera contestar, ya estaban dentro.

Cogidos de la mano, estaban repitiendo aquel proceso anterior vivido por Lua. Envueltos en espirales de luz y color. La cara de Víctor era un poema, giraba sobre sí mismo con una sonrisa, pero esta vez de fascinación. Podría parecer incluso que sus rasgos se hubieran embellecido con aquella expresión tonta.

Sin más dilaciones, esta vez el proceso se hizo bastante más rápido, y Lua, acompañada de su hermano, aterrizó en... ¿su cuarto?

Lua miró en derredor, pero seguían en el mismo cuarto.

Víctor, comenzó a carcajear sobre la cama, sin poder parar.

Seguían allí, como si nada hubiera pasado. ¿Por qué no funcionaba? ¿Acaso sólo permitía aquel aparato el uso por parte de Lua? ¿O realmente eran todo estupideces y aquel universo era parte de su imaginación? ¿Era capaz de vivir tan intensamente todo aquello que leía, o su imaginación le hacía delirar?

Lua comenzó a llorar. Sin saber por qué.

Se sentó en un rincón, y cuando su hermano, con gesto aprensivo quiso ayudarla, se zafó de sus manos.

“Espera, Lua, te creo. De verdad, no pasa nada...”

Lua dejó de escucharle, se tapó los oídos con fuerza e intentó bloquear todas las posibles puertas de su cerebro. Imaginó que su cráneo se cerraba por completo, para que nada pudiera penetrarle dentro. Ninguna información, ningún estímulo.

Cerró los ojos, cerró los ojos con fuerza y abrió la puerta de su cuarto. Salió corriendo con avidez para que su hermano no pudiera atraparla.

Pero lo que vio a continuación superaba definitivamente a todas las cosas. Su hermano, tras ella, estaba aterrado.

Toda su casa era una cabaña. Una cabaña considerablemente grande, donde convivía toda su familia. Los muebles eran de madera y algo roídos, las habitaciones se cerraban con pesadas puertas. Había tapices colgados de las paredes, alfombras algo descoloridas.

Lua observaba a su familia atónita, sentados alrededor de una mesa grande de comedor. Como si les estuvieran esperando, deseosos de poder empezar el asado que presidía la mesa. Su padre, con ropa colorida de algodón, con una chaqueta de color burdeos. Su madre, con un tocado y un vestido largo de pronunciado escote. Sus hermanos y hermanas, excluyendo a Víctor, que se encontraba con ella, de la misma guisa.

Lua bajó la vista y se miró los pies. Calzaba alpargatas, y mientras subía la mirada se sorprendía más. Iba ataviada con ropajes claramente medievales. Se preguntó qué podía estar pasando.

Su hermano, acariciando su camisa de algodón, fue el primero que parecía querer hablar. Pero ningún sonido salió de su boca.

Tuvo que ser la madre la que rompió el silencio.

“Vamos Sara, vamos Vic, la cena está enfriándose. ¿Qué estabais haciendo?”

Lua y Víctor se sentaron sobre la mesa. Sus hermanos comenzaron a engullir colosalmente, pero ellos dos no eran capaces ni tan siquiera de oler el pavo.

Todo había ocurrido demasiado rápido.

Definitivamente, Lua estaba una vez más dentro de aquella historia. Un poder eufórico comenzó a adueñarse de ella. La satisfacción, el logro, surgían de todos sus poros. En esta ocasión, fue Lua quien dejó salir una sonrisa radiante, ante la mirada embobada de su hermano.

Había logrado confiar en su poder, en su imaginación. La historia le daba una buena oportunidad, y en esta ocasión no la defraudaría. Sería un personaje más, y lucharía por lograr los objetivos de la protagonista.

– Lua, ¿no crees que esto es demasiado raro? ¿Lua estás bien? – Víctor, o Vic, según como se mire, no daba crédito.

– ¿Lua? ¿Quién es Lua? Querrás decir Sara. ¿No? – La recién nacida Sara se rió para sus adentros.

IV

Después de atiborrarse durante toda la cena, en una situación casi surrealista, Lua (o Sara) se retiró de la mesa con sus hermanos.

Su madre les recordó que a la mañana siguiente tenían que asistir a misa y después cultivar hortalizas en las huertas, aprovechando la fertilidad de los campos en primavera.

Lua y Víctor comenzaron a pensar, para sus adentros, que aquella situación sería más difícil de lo que podían imaginar.

Pero antes de irse a sus respectivas camas, los dos hermanos quedaron en verse en la parte trasera de la casa, sobre las 10 de la noche.

La casa estaba rodeada de campos, y por lo visto, según dedujeron, poseían bastantes tierras. No sabían si tenían que cultivar para algún noble o Iglesia cercana, lo cual parecía bastante probable. El caso es que varias millas más allá sólo se veían campos. Lua no cesó de preguntarse qué clase de relación guardaba aquel escenario con el anterior que recordaba.

¿Dónde estaban aquellos esmerados jardines? ¿Aquel olor a azahar? ¿Aquel riachuelo donde escuchó semejante y extraña conversación?

Sabía que tenía que ayudar a un niño. Sabía que ahí residía su misión. Aquel pobre niño del que la temible voz hablaba, aquel que debía sufrir por ser incauto.

Lua se estrujó la cabeza y trató de pensar. Su hermano estaba sentado contra la pared, no daba crédito.

Quizás, lo mejor y lo más sensato sería esperar al siguiente día, con los primeros rayos de sol, antes incluso de ir a misa.

La cama no era precisamente cómoda. Un jergón ejercía las veces de colchón y de almohada, porque nada había sobre la cama más que una gruesa y lanuda manta. Quizá por el tacto de la lana, Lua soportó picores durante toda la noche. Prefirió descartar la idea de que hubiera pulgas o chinches. Ciertamente su casa no estaba mal cuidada, pero la higiene de la época no era precisamente la que ella conocía.

La mañana aconteció fresca, con las primeras gotas de rocío sobre las madre selvas que se enredaban por las paredes exteriores de la cabaña. Allí estaba Lua, esperando a su hermano. Apenas se había levantado de la cama, había salido de la casa sigilosamente, calzándose los pies con aquellas ásperas alpargatas.

Pero Víctor no llegaba.

Lua sintió que pasaban los minutos, rápidamente, y que perdían el tiempo de manera evidente.

Decidió echar un vistazo en los cuartos de la casa, pero sólo descubrió uno de ellos donde nadie se encontraba en la cama. Víctor estaba lavándose la cara en una palangana, frotándose con fuerza.

Lua se enojó y se acercó a él en actitud de reprimenda.

— ¿Qué ocurre Víctor? ¿Cuál es tu problema ahora? — Le increpó con mirada de furia —.

— Necesito despertar de esta pesadilla. No puede ser real. — Víctor siguió sacudiéndose la cara y haciendo aspavientos con las manos mojas — ¡No he pegado ojo en toda la noche!

— ¡Oh, vamos! No me vengas con tonterías. ¿Ahora te vas a poner ñoño? No querrás que te tome por cobarde, ¿verdad?

— Simplemente me resisto a creer que todo esto sea cierto, hermanita. — A continuación, Víctor sonrió pícaramente, para lograr el rotundo enfado de su hermana —.

— Por favor, Víctor, ayúdame a hacer esto. Necesito que creas, si no crees todo terminará. No puedes hacerme esto. ¡Hazlo por mí!

Lua corrió hacia el exterior, despavorida, murmurando todo cuanto se le pasaba por la cabeza. Tan solo tenía ganas de estrangular a aquel ser inmundo que tenía por hermano. Gracias a él podría verse expulsada de nuevo del cuento.

Necesitaba encontrar respuestas antes de marchar a la Iglesia, pero cuando quiso darse cuenta ya estaba atrapada por las garras de su madre. Ésta, cual ave rapaz, se agarró a su cuello y la frenó en seco.

“¿A dónde vas jovencita? Será mejor que entres a casa. No hay tiempo de trastadas, el sermón es en media hora”.

Era curioso ver a su madre con semejante disfraz. A Lua le resultaba casi cómico, pero ciertamente su madre seguiría topándose con sus planes.

La misa fue larga, bastante más de lo que pudo imaginar que duraría. Estaba acostumbrada a ir las mañanas de algunos domingos, por acompañar a sus padres, más que nada.

Nunca se había planteado los temas religiosos tal y como lo llegó a hacer durante aquellas largas horas. Aquella gente era realmente devota, y tuvo que prestar mucha atención.

Un organillo sonaba de fondo, e indicó también el fin del acto.

Apenas le quedó tiempo, al fin del día, poco antes de la cena, para estirar los pies.

Tenía todos los músculos entumecidos y los huesos calados de frío. Una larga jornada trabajando en el campo fue suficiente para agotar la calma de Lua; estaba realmente extasiada. Durante todo el día apenas había mediado palabra con sus hermanos. Pero a Víctor ni tan siquiera le había mirado.

Entre las hortalizas, las patatas y los golpes de azada, la tarde se había apagado y una luna llena comenzó a brotar en el cielo. Esto le trajo recuerdos, recuerdos de aquella noche.

— ¿Hola? ¿Eres tú, Sara?

– ¿Eh? – Lua se asustó al oír aquella voz, aproximadamente de su edad. Una voz suave y temblorosa – ¿Quién eres? ¿Dónde estás?

– Estoy aquí. – A su izquierda, halló a un niño de pelo corto y rostro redondo, con labios finos y suaves. Sus ojos azules prácticamente brillaban en la creciente oscuridad – . Sergio, ¿recuerdas?

– ¡Ah!, hola Sergio. – Lua tuvo que fingir que conocía a aquel chico tras darse cuenta de que su voz le era familiar, de que conocerle tendría que ser vital para el transcurso de los hechos. Pero ahora no era momento de pensar eso, sino de vivir la aventura – . ¿Qué... qué tal? ¿Sergio?



– Sí, Sergio. Vaya, veo que tienes memoria de pez. ¿No te acuerdas de mí verdad? – Sergio sonrió a Lua y esto la hizo calmarse y darse tiempo – . Veo que te ha comido la lengua el gato.

– Eh, bueno, en realidad... No, no me acuerdo de ti.

— Nos conocimos hace ya varios meses. Vivo en el bosque, a varios pasos de aquí. ¿Recuerdas? Cogiendo setas. Dijiste que volveríamos a vernos pero... No he tenido tiempo.

— Ah, sí. Ya recuerdo. —mintió Lua—. Sí, bueno... Y... ¿qué ha pasado? ¿Por qué no volviste al lugar de encuentro?

—Pues he tenido problemas. Problemas bastante gordos. —Una mueca torcida dio la señal de alarma, Lua se puso sobre aviso y prestó atención—. Bien resulta que...

La conversación se prolongó bastante tiempo. Lo suficiente como para que Lua comprendiera la situación de aquel muchacho. El cual, ciertamente, debía ser al que se referían los dos personajes al comienzo de la historia.

Por lo que ella entendió, Dana, su madre, le había encomendado una misión importante por parte de alguien que parecía ser relevante. Un tal "Padre Abad". Lua no había preguntado por su nombre, simplemente se había quedado con aquellas palabras. Más tarde descubriría que aquello era un cargo eclesiástico.

Pero para cuando quiso darse cuenta, Sergio ya había huido hacia el bosque para llegar pronto a la cena.

Ella se sentó también a cenar, nerviosa por cualquier comentario que pudiera hacer Víctor y que rompiera la trama de la historia.

Ambos intentaron simular que no habían reparado en la presencia del otro. Pero sabían que tendrían que enfrentarse de nuevo.

Lua apenas había cenado, después del largo día de trabajo. Estaba extremadamente nerviosa. Necesitaba pensar, pensar y dormir. Aquella noche debería acoplarse a la forma en uve de aquel jergón.

Cuando quiso darse cuenta cayó dormida. Y en forma de sueños, recordó todo lo último que le había contado Sergio. Una misión, la cual él debía cumplir. Estaba claro que ella debía acompañarle, pero no sabía

cómo. ¿Por qué estaría la madre de aquel chico tan interesada en que se internara en las cuevas de la colina? ¿Qué se escondía dentro de ella? ¿Habría un terrible monstruo custodiando tesoros?

Lua sacó a relucir su lado más fantástico. Recordó hasta relatos de ciencia ficción. Sea lo que fuere, debía ayudar a Sergio. De repente, sentía una especie de empatía por él. Era como si, casi sin apercibirlo, Lua se estuviera transformado en Sara. Creyendo cada vez más el relato, al contrario que su hermano, que no cesaría hasta fastidiar toda la aventura.

Lua se giró, dio la vuelta, se acurrucó y se recostó tropecientos veces sobre el jergón. Pero el sueño no se apiadaba de ella. Era inútil. Sólo miraba por la ventana, y contemplaba verdes pinos que ahora se veían oscuros e imperando sobre un cielo estrellado.

Mañana hablaría de nuevo con Sergio.

Le preguntaría por su fecha de partida.

¿Qué era aquello?

¿Una especie de misión que los niños debían cumplir?

¿O quizás una especie de peregrinaje que les serviría de aprendizaje?

¿Un viaje hacia el Fin del Mundo?

Las cavernas le provocaban escalofríos. Siempre habían sido representadas como algo temible.

V

Sergio mostraba bastante preocupación en el rostro.

Lua se encontraba con él, en la vereda que conducía al riachuelo más próximo. En cuanto ambos hubieron terminado de labrar la huerta, no sin antes crearse varias ampollas (especialmente por parte de Lua), quedaron en aquel mismo lugar.

La pequeña llevaba un buen rato preguntándose qué se escondería en aquel sitio. Sergio parecía saber algo, o al menos eso intuía su rostro, pero en cuanto al tema prefería ni abrir la boca. Debía ser algo bastante terrorífico. Y más siendo encomendada semejante misión por aquella voz tan desgarradora.

– ¿Quién es él? – Preguntó Lua, atusándose los mechones de pelo que tapaban sus ojos –. Debe ser alguien cuanto menos importante. ¿No?

– Es mi padre –Sergio contestó sin mirarla a los ojos, como queriendo quitarle hierro al asunto –.

– Tu... –Lua balbuceó levemente y a continuación quedó callada por la sorpresa –. Tu...

– Sí, mi padre. No es un mal hombre, sólo quiere que... bueno, ya tú sabes.

– ¿Saber el qué? ¿Qué tratas de decirme Sergio?

– No te hagas la tonta. Ya sabes, está enfadado, muy enfadado. Porque dice que he ido divulgando el secreto por ahí.

A Lua aquella frase, “el secreto” le sonaba de tal manera que se la imaginaba escrita con mayúsculas. “EL SECRETO”. Como si fuera algo conocido por algunos y desconocido por muchos.

– No entiendo.

– Debes saberlo, todos los campesinos lo sabemos. “EL SECRETO”. Mi problema fue confiar demasiado en aquella niña pesada, la hija de un soldado. Debí haberme dado cuenta. ¡Qué tonto he sido!

– ¿Por qué? ¿Acaso ella puede contar algo?

– Espero que no. Ojalá no le diga nada a sus padres, podrían ser fuente directa del rey. Y créeme, no conviene que el secreto sea sabido.

– ¿Cómo... cómo puede tu propio padre encomendarte hacia algo tan peligroso? ¿Conoces exactamente lo que allí habita?

– La respuesta es... no –Sergio quiso darle un tono dramático a aquella última frase, y de hecho surgió efecto—. Nunca lo he sabido. Por lo visto tendré que enterarme. Tendré que saber hasta que límite llega lo que se oculta en esa cueva, por haber sido tan bocazas.

– ¿Tu padre nunca...?

– Nunca –la cortó Sergio, con avidez—. Nunca me ha querido contar... He de descubrirlo por mí mismo, Sara. Pero ya sabes, sólo se habla de oro. El secreto y oro, u oro y el secreto.

– ¡Ajá! Oro... –Lua fingió saber de qué estaban hablando, para tener tiempo de hacerse una idea de la magnitud que representaba aquella cueva. Oro, una fuente de ingresos, unpreciado mineral. Sabido por los campesinos de las afueras—. No entiendo... que puede haber de peligroso.

– Corrupción. El oro corrompe, como fuente de poder que representa. Allí ha debido ocurrir algo, algo escabroso. Mi padre quiere hacerme saber de su importancia, de la importancia de proteger esa mina.

Mientras volvía a casa, tras despedirse dulcemente de Sergio. Al parecer, eran grandes amigos. Y su personaje, Sara, comenzaba a sentir una increíble amistad hacia él. Lua lo sentía, le embargaba esa sensación tan bonita. Que por otra parte, pocas veces había sentido en la realidad. Pero

sabía a lo que se refería. En esta ocasión la emoción era mucho más grande, y tenía esperanzas de volverle a ver a la tarde siguiente.

En definitiva, pasar mucho más tiempo con él.

La cena transcurrió plácidamente, y a continuación Lua se dirigió a su cuarto. Donde Víctor le esperaba tranquilamente tumbado sobre el jergón.

– ¿Y bien? ¿Sabes algo nuevo? ¿Has podido enterarte de algo? Dios mío, llevo todo el día en el huerto, no sabes de lo que te has librado. Lo que hace tener un hermano mayor, ¡renacuaja!

– No creo que ese sea el tema a discutir. Voy a necesitar tu ayuda Vic.

– ¿Vic? ¿Desde cuándo me llamas así?

– Desde que formas parte de este cuento. Lo siento – Lua estaba preparada para todo tipo de amenazas por parte de su hermano, y ya estaba completamente a la defensiva –. Vas a decirme que puedes ayudarme.

– Depende de lo que sea pero... empiezo a aburrirme aquí. ¿No crees que llevamos mucho tiempo? Al menos dos días.

– Paciencia hermano. Si no quieres aburrirte, entonces vendrás con nosotros – Lua siempre tenía la solución perfecta, y sabía que Víctor sólo necesitaba una dosis de aventura –.

Pero cuando al parecer, Lua había logrado sus propósitos, un grito comenzó a taladrarle los oídos. Víctor se sentía igual, se tapaba los oídos apretando los párpados con fuerza. Ambos se dieron la mano, y juntos, desaparecieron.

Otra vez las luces, el viaje astral, el mareo, los continuos zarandeos.

Y aterrizaron en el cuarto de Lua.

Esta dejó caer el e-reader sobre la cama y se irguió rápidamente. Estaba histérica, escuchando a sus padres lanzar alaridos desde el comedor.

“La comida está lista. Chicos, ni una vez más, ya habéis oído. ¡Vamos!”

Al parecer, habían permanecido toda la madrugada y la mañana del sábado leyendo. Nada les había sacado de su apasionante lectura. No habían pegado ojo, y tendrían que dormir una buena siesta para recuperar el tiempo perdido.

Pero lo que Lua y Víctor desconocían, ahora que formaban un equipo, un hecho que estaba a punto de ocurrir. Y que retrasaría su próxima oportunidad de lectura.

Mientras comían, su padre decidió que aquella tarde irían a visitar a la abuela. Merendarían con ella y les haría un delicioso chocolate a la taza, aunque no acompañara la estación.

A Lua le pareció buena idea, ya que hacía al menos un mes que no veía a su abuela. Pero por otro lado, le pareció tan inoportuno que se atragantó mientras bebía agua. Trató de disimularlo con una leve tos, y a continuación vio cómo su padre le guiñaba un ojo.

Sabía lo que aquello significaba: “Tranquila, cariño, puedes leer mañana”. ¿Acaso nadie comprendía hasta que punto invadían a Lua aquellas aventuras?

En casa de la abuela, todo transcurrió como siempre. Un ambiente familiar, el rico chocolate espeso y Yo—yo; el perro de aguas de la abuela. Un perro viejo y delgado, con aspecto de quebrarse al más mínimo toque.

Se llamaba Yo—yo. Y no precisamente por el juguete. Según la abuela, porque se pasaba la vida pensando en sí mismo. Un perro egoísta e inquieto, ora quería una cosa, ora otra. La abuela le había dado tantas veces la mano, que éste ya la tenía bien cogida del brazo.

Lua palpó su falda y se aseguró de que lo llevaba encima.

Había cometido una imprudencia, pero lo llevaba consigo. Víctor la miraba desde el otro lado de la mesa, con un gesto cómplice. Estaban esperando el momento ideal para atacar aquel objeto que tantísimo les atraía.

Sin más dilación, Lua decidió echarse una pequeña siesta alegando que tenía sueño. Lo cual sorprendió gratamente a su madre, que siempre le había tratado de inculcar la importancia de dar una cabezadita después de comer. Víctor la siguió con un enorme y actuado bostezo, digno de la más honorable interpretación.

Tras ellos, correteó Yo—yo. Aquel chucho no cesaba de husmear y meterse en los asuntos ajenos, pero Lua y Víctor decidieron comenzar su lectura a expensas de él. El can, les miraba con ojillos tristes y llorosos, desde la otra esquina de la habitación. Se subió sobre una mesita redonda, en un intento de llamar la atención.

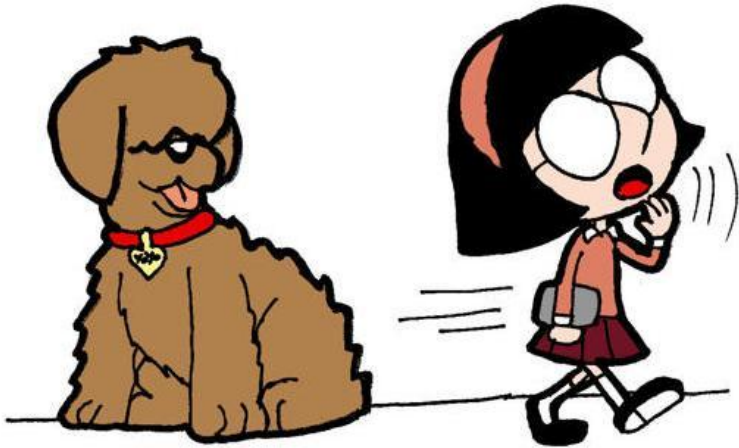
Lua y Víctor ni tan siquiera repararon en él.

Fue entonces cuando los hermanos comenzaron a recitar las primeras palabras en alto, el ritual para ir sumergiéndose en la lectura.

De nuevo, esta vez de forma esperada, fueron invadidos por el espacio. Las luces de colores comenzaban a divertir a Lua, que se zarandeaba tratando de atraparlas como si de luciérnagas se tratara.

De repente, se oyó un ladrido.

Un ladrido que provocó un leve eco entre medias de aquella nada, y entonces las luces se apagaron.



Era de noche, y los hermanos recibieron un golpe seco en la cabeza. Habían caído de bruces en el frío suelo de la casa del cuento. Se miraron sonrientes pero algo asustados. ¿De dónde provenía aquel ladrido?

Efectivamente, como no podía ser de otra manera, Yo-yo se había internado con ellos en el cuento. Lua se preguntaba cómo, si aquel animal claramente no podía leer. ¿Habría saltado sobre su regazo cuándo comenzaron a leer en alto?

— Oh no. ¿Qué hacemos hermanita?

— Esta vez... Quiero decir, por primera vez no tengo ni idea -Lua se acarició la barbilla, aquel gesto sólo lo hacía cuando estaba verdaderamente inquieta—. ¿Qué hacemos con Yo-yo?

— Se queda. Se queda con nosotros. ¡Serás caprichoso! -Víctor dirigió una pequeña mirada de odio al perro, que seguía impertérrito con sus ojos casi saliéndose de las órbitas—.

VI

Yo—yo nunca se podría haber imaginado semejante aventura. Correteaba por la colina más cercana, y presentía que aquella pendiente nunca tendría fin. Era un campo interminable, lleno de hierba mullida y olor a hierbabuena.

Por supuesto, Lua y Víctor, o Sara y Vic, emprendieron una larga caminata en su búsqueda.

— Ya podría haberse quedado quieto —musitó Vic, apretando con fuerza sus labios, en señal de desaprobación—. ¿No podía haberse quedado en casa de la abuela?

— No. ¡Tenía que estropearlo todo! Nunca debí haber llevado el lector a casa de la abuela. ¡Nunca!

Lua maldijo mil veces su decisión, pero lamentablemente ya había sido tomada. Y debía sufrir las consecuencias, que eran precisamente esas. Un nuevo e inesperado acompañante animal en su aventura medieval.

Cuando quisieron darse cuenta, llevaban media hora buscando al pequeño y escuchimizado mamífero. Pero no hubo que esperar mucho más. Allí, en el mismo altillo de rocas que había nada más terminar la subida hacia la colina, se encontraba Yo—yo.

Les mantuvo la mirada fijamente, como siempre solía hacer, con sus diminutos y torcidos ojos. Y babeaba sin cesar, como deseando que sus dueños continuaran correteando tras él o le lanzaran una pelota para que fuera en su búsqueda.



“Lua, te estaba esperando”

Una voz surgió de la nada, de repente, y por un momento Lua se asustó. La cabeza de Sergio asomaba de una de las rocas, como si tratara de esconderse.

— ¡Sergio! Oh vaya, lo lamento. Olvidé que habíamos quedado para trazar un plan de entrada.

— No te preocupes, no me acompañes de verdad. Prefiero hacerlo solo y vencer mis temores, creo que nada malo debe ocurrirme ahí dentro — Sergio señaló una de las rocas, que presentaba una oscura cavidad—. ¿Ves?

— ¿Qué? ¿Es ahí dentro? ¿Quieres decir que debemos entrar ahí? —Algo se estremeció dentro de Lua, algo que indicaba que no todo iba precisamente a pedir de boca. Un pequeño miedo surgió en su estómago y se fue apoderando de todo su cuerpo—. No... no puede ser.

– Lua, ¿estás temblando? Tranquila, de verdad, no tienes por qué acompañarme.

– No, no. Lo haré –Lua intentó retener su pequeño temblor de manos escondiéndolas tras su espalda, y se armó de valor—. Lo único que... no esperaba que todo fuera a ocurrir tan rápido.

– Lua... Creo que no... No me has presentado a tus acompañantes.

– ¡Oh sí, perdona! Mira este es mi hermano Vic –A continuación Sergio salió de entre las rocas y estrechó la mano de una manera un tanto extraña a Vic. Este último se limitó a sonreírle y susurrar un “encantado”—. Y éste... éste es un animal que se nos ha unido en el camino. Hemos decidido llamarle Yo–yo. ¿Suenan divertido, a que sí?

– ¡Vaya, no pensé que fuera a tener tantos acompañantes! De verdad, os agradezco vuestra ayuda pero no es necesario...

– Mira, Lua me ha hablado mucho de ti –Lua se sonrojó cuando su hermano Vic tomó la palabra y habló de semejante manera de ella, haciéndose cargo de la situación como un verdadero hermano mayor. Pero a diferencia de otras ocasiones, esta era la vez que Lua menos necesitaba que su hermano tomara esa postura, y se avergonzó—. Hemos venido hasta aquí para ayudarte. Bueno, quiero decir... No sabíamos que estabas aquí. En realidad veníamos corriendo detrás de nuestro...

– ¡Vic, calla! –Susurró Lua a su hermano, propinándole una disimulada patadita—. Vic está nervioso, Sergio, es normal. Lo que quiere decir es que estamos encantados de acompañarte, y que hemos venido hasta aquí solo para ayudarte. No es una misión de la que debas encargarte solo, y creo que ahora deberíamos dejar las valentías de lado.

– Exacto, hermanita, creo que aquí nadie se libra de tener miedo. –Vic pronunció estas palabras tras ver a Yo–yo asomándose al túnel de entrada en la cueva. Tenía el rabillo entre las patas y los pelos un poco de punta, como si le estuviera dando un escalofrío—. Y si no, mirad al pobre Yo–yo.

– Muchas gracias, de verdad –Sergio estrechó con fuerza la mano de Lua y después sonrió a Vic. A continuación recogió al perro del suelo y empezó a frotar su nariz contra el hocico del can—. ¡Qué gracioso, nunca había visto un perro así de pequeño!

Vic se aproximó a Lua y murmuró algo así como: “*Vaya, creo que han hecho buenas migas, son tal para cual*”.

Pero a Lua no le hizo ninguna gracia aquel comentario y le apartó con las manos, deseando que dejara de fingir aquel papel de hermano mayor que tan mal se le daba. Puesto que cada vez que abría la boca siempre terminaba por hablar de más.

Lo que no Lua no tuvo en cuenta, fue la proximidad de los pies de Víctor al agujero en el suelo. Y éste, no pudo por menos que dar un traspie y caer hacia el interior.

Lua intentó seguir el acto reflejo de intentar agarrarlo, pero lo único que abrazó fue un montón de aire.

– Bueno, creo que... Creo que Vic ha decidido comenzar en un alarde de coraje y valentía –Lua sonrió, tímida, con las dos mejillas ruborizadas pasando casi por un color morado—. ¿Entramos?

– ¿Qué? Todavía no tengo mis cosas preparadas. Ni siquiera mi antorcha y un cesto con algo de comida –Sergio soltó a Yo—yo, que se quedó observando de nuevo el interior de aquella caverna—. ¿Qué hacemos?

No fue necesaria ninguna respuesta, puesto que Yo—yo se animó y saltó también dentro del agujero. Dio tal brinco, que su caída se produjo en picado. De nuevo se oyó otro “clac” como cuando había caído Víctor, lo que indicaba que al menos la caída tenía poca altura.

Lua y Sergio se miraron fijamente, planteándose para sus adentros la posible inmersión en aquella fría cueva, que despedía un olor bastante desagradable y húmedo.

– Espérame, no puede pasarles nada. ¡Vuelvo enseguida Lua!

Mientras esperaba la llega de Sergio, Lua animó a su hermano desde fuera, y se reconfortó al oír su voz.

– Me debes una hermanita, verás como se enteren papá y mamá –A continuación Vic se rió sonoramente, como tanto le gustaba hacer–. Mientras no me hagas esperar aquí dentro más de media hora me basta y me sobra.

– No, tranquilo, Sergio está por llegar. Ni siquiera se había despedido de sus padres. O bueno, más bien de su madre. No creo que su padre sea precisamente... cariñoso. –Lua recordó aquella voz ronca y grave, que tan mala espina le daba–. Sergio, ¿ocurre algo? –Lua acababa de oír un leve gritito poco característico de su hermano–.

– Sí, sí, es tan sólo que... acabo de notar algo correteando bajo mis pies. –Se produjo un silencio–. Lua, ¿sigues ahí?

– Sí. Y no me llamo Lua, me llamo Sara. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? –Lua se rió para sus adentros, puesto que sabía que Víctor estaba muriéndose de miedo ahí dentro–. En fin, mantente un poco calladito. – Lua mantuvo el silencio durante un rato, haciendo gala de cierta autoridad y esperando que la vocecilla de su hermano volviera a resurgir–.

– ¿Sara? ¿Estás...?

– Sí, estoy aquí. ¿Qué? ¿Algún otro bicho del tamaño de una rata paseando de nuevo bajo tus pies? –Lua tenía ganas de reírse a carcajada limpia, pero lo censuró de nuevo poniéndose las manos sobre la boca–. Tranquilo, tengo entendido que las ratas no son agresivas, si acaso como mucho pueden darte un buen mordisco.

– A mi no me hace ninguna gracia. ¿Pero qué te crees, que tengo miedo? –Su voz resultaba cada vez menos creíble y más aguda–.

– No, no, para nada. Oye, ¿está bien Yo –yo? Hace tiempo que no oigo ni un solo ladrido.

– Sí, sí, le tengo bien agarradito. Parece que tiene ganas de husmear, el problema es que no se ve absolutamente nada. –Lua se imaginó el interior de aquella cueva como una inmensidad en penumbra, llena de pa-

sadizos y caminos tortuosos—. Por cierto Lua... Bueno perdón, Sara. ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Sí, dime.

— ¿CUÁNDO PIENSA LLEGAR SERGIO? -El alarido resonó con un eco, que se prolongó a bastantes metros de distancia—.

— ¡Calla y no grites! Actúa como mi hermano mayor que eres y tranquilízate -Lua se lo estaba pasando en grande, por primera vez podía dirigir a su hermano tal y como le daba la gana. Pero ciertamente, Sergio se estaba retrasando puesto que llevaba casi una hora de ausencia. Comenzaba a sentir cierta preocupación—.

— ¿Oye... no será que... te gusta?

Lua se estremeció de nuevo, y decidió hacer oídos sordos ante la frase que acababa de oír. Simplemente se decidió por añadir un nuevo “*cállate*”.

Se alejó un poco de la caverna para dejar a su hermano hablando solo. *“Te gusta... todas sois iguales... he visto como le mirabas... te derrites con él...”*

A continuación, decidió contemplar el anochecer, mientras esperaba la llegada de Sergio. El sol se escondía tras el horizonte, y apenas quedaba una línea anaranjada delineando las montañas. El cielo se cubría de aquel oscuro manto, pero iluminado y surcado por miles de estrellas. Eso sí, en esta ocasión no había luna. Ni siquiera una pequeña luna menguante, simplemente, no se vislumbraba nada más aparte de las estrellas.

Sin saber muy bien el por qué, Lua no estaba pensando precisamente en la misión que tenían por cumplir. Ni siquiera en su hermano encerrado ahí dentro o en la propia historia que estaba viviendo. Pensaba en Sergio. Y no podía quitárselo de la cabeza.

— ¡Sara, Sara! Lo siento mucho, siento la tardanza. -Sergio llegó jadeando y sudando, retirándose el flequillo de la frente y abriendo mucho los

ojos. Lua se dio la vuelta un poco sorprendida y sonrió—. Pero mira todo lo que traigo.

Lua observó el enorme saco que Sergio cargaba en sus espaldas, y el cesto con comida que llevaba en sus manos. Lua le ayudó a cargar con todo y enrolló unas cuerdas a lo largo de un saliente, para poder descender hacia la cueva sin necesidad de hacerse daño.

— ¿De verdad... estás preparada? -Sergio agarró a Lua de la muñeca antes de que esta pudiera emprender la bajada—.

— Sí, lo estoy. -Lua intentó ser lo más seca posible, de repente sentía un nudo en la garganta que prácticamente le impedía hablar. De modo que tragó saliva y reanudó la marcha hacia el interior de la cueva—. ¡Esto es pan comido!

— Bien, ¡pues allá vamos!

VII

La cueva era aún más siniestra de lo que jamás Lua se habría imaginado. Sin querer, tomó del brazo a Sergio en un intento por visualizar todo lo que les rodeaba.

No había más que paredes embarradas y salientes picudos en el suelo. A excepción de una pila de madera roída, allí no parecía que hubiera nada más con vida.



Sólo Sergio y ella. Algo en su interior apaciguó su nerviosismo y de repente se sintió calmada y protegida.

Un momento... Lua se dio cuenta de algo, y sus ojos coincidieron con los de Sergio. Y así permanecieron durante varios instantes, impertérritos al darse cuenta de que efectivamente, se hallaban solos. Es decir, Vic y el pequeño perro habían desaparecido en mitad de la oscuridad.

Sergio se apresuró a añadir más carbón a la antorcha, para que pudiera iluminar con más precisión aquel lugar. La luz se hizo entonces más evidente, pero allí no había señal de vida ni de Vic, ni del egocéntrico mamífero.

– No pueden haber desaparecido. Es técnicamente imposible. –Lua, asustada, trataba de recomponerse—. Hace unos minutos estaban aquí.

– ¿Pero estás segura de que...?

– Completamente segura. –Lua contestó tajantemente, recordando aquella conversación con su hermano. Ella desde las alturas y él en las profundidades, atemorizado por la posible presencia de ratas—. ¡No entiendo absolutamente nada!

– ¿Y si decidieron explorar por su cuenta? –Sergio hablaba sin mirar a los ojos de Lua, como si tuviera miedo de recibir una respuesta negativa de nuevo—. O quizás...

– O quizás el perro echó a correr, y Vic tuvo que ir tras de él. ¿No crees?

– Bueno, de todas maneras, sólo hay un camino. No podemos tardar en encontrarlos. Lo mejor será que continuemos ahora que la antorcha está bien encendida. Créeme, no durará mucho.

Sergio se arrepintió de lo último que había dicho. Puesto que los caminos continuaban haciéndose más sinuosos y trazaban bifurcaciones tortuosas, en las cuales resultaba casi imposible no perderse. Unas veces elegían al azar, y de vez en cuando tomaban un nuevo camino si veían pequeñas pisadas en el suelo.

Al parecer Yo—yo había correteado sobre la oscura arena, ya que sus huellas eran inconfundibles.

Lua volvía a agonizar para sus adentros, preocupada ante todo por su hermano. ¿Dónde podía encontrarse? ¿Por qué tanta prisa? ¿Había alguien más aparte de ellos tres y Yo—yo?

Pronto la antorcha comenzaba a emitir menos luz, y los ánimos también iban decreciendo. Sergio se apresuraba cada vez más, pero Lua se hallaba bastante agotada. Aunque fuera por orgullo y valentía, esta última continuaba andando sin rumbo, esperanzada de poder escuchar pronto un ladrido o alguna orden expresa de Víctor a Yo—yo.

Pero nada. Era como si el tiempo no existiera allí dentro.

Lua se sentó, ligeramente cabizbaja, sobre un montón de rocas. Parecía como si ningún ser humano hubiera pisado aquel terreno nunca. Un frío congelador llegaba desde el camino que habían dejado detrás, y un escalofrío recorrió cada una de sus vértebras.

Pronto Sergio cubrió su espalda con sus grandes manos, y la ofreció algo de comer. Pero Lua tenía de todo menos apetito, y mientras Sergio decidió engullir un trozo de pastel de zanahoria, casi sin masticar.

— ¿Crees que tu padre te mandaría aquí de saber que es un sitio peligroso? La verdad, no me inspira mucha confianza todo esto. —Lua pretendió crear un acercamiento con Sergio, en lugar de mantenerse tan distante y frívola. Pensó, que así el tiempo pasaría más fugaz.

— Pues, definitivamente sí. Se nota que no has conocido a mi padre, es una persona muy misteriosa. Creo que después de estos doce años ni siquiera le conozco lo suficiente.

— No entiendo por qué te manda aquí. ¿Por qué te ha castigado de esa manera? ¿No te da mucho miedo este sitio?

— Debería. Pero la verdad es que no. Creo que tengo que estar aquí por algo, y no tardaremos en averiguarlo. Si mi padre hace esto por mí, es para que tenga cautela la próxima vez.

– Sus palabras textuales fueron algo así como “la muerte es un paso más”. Escuché una conversación con tu madre, hace tiempo, pero no te lo había contado.

– ¿Ah sí? –Sergio se mostró sorprendido, y de nuevo clavó sus ojos en Lua—. ¿Eso dijo? –A Lua le pareció que Sergio se estremecía a su lado, pero no de dolor, sino más bien de un miedo bastante indigesto. Por un momento, de hecho, Sergio pareció sufrir una pequeña arcada.

– ¿Estás bien? No pretendía asustarte.

– No, no, tranquila. –Sergio trató de creerse y estar a la altura de la situación—. Estoy convencido de que exagera, no puede ser nada tan dramático. ¿No? ¿Qué escondería esta cueva si no es una fuente de oro? Nada más, basta saber que el oro es un bien tan codiciado.

Pero Lua no estaba tan segura. Sentía una especie de presencia en aquella caverna, se sentía incluso vigilada. Como si desde varios puntos en mitad de la oscuridad, hubiese pares de ojos acechándoles y vigilando todo cuanto hacían. Pero aquella teoría era bastante imposible. Allí no había nadie más que ellos, ni un solo ruido, ni eco. Nada.

Reemprendieron la marcha y pronto descubrieron que el camino se ensanchaba. A su izquierda comenzaban a brotar minerales poco brillantes de las paredes, a Lua se le antojó que podía ser cuarzo o cualquier mineral bastante menospreciado.

Pero fue a su derecha, cuando de repente surgió algo en mitad del camino. Un viejo esqueleto, vestido con rasgadas vestiduras, se hallaba encaramado a uno de los salientes del suelo.

Sergio tapó los ojos a Lua, y sin querer pisó uno de aquellos huesos, que crujió en mitad de la oscuridad.

Lua decidió reprimir el grito a tiempo de no quedar como una energúmena o una cobarde, y trató de pensar en su casa, en que todo aquello era un cuento. Por un momento volvió a la realidad y abandonó la ficción. Pero recordó que la última vez que había ocurrido aquello, su mente se había liberado y había salido sin comerlo ni beberlo del cuento.

De modo que decidió creer de nuevo en su aventura, antes de que de su cuerpo se apoderara aquel mareo, aquel viaje repleto de luces en mitad de una nada.

Cada vez, sus manos se aferraban más al brazo de Sergio. A cada paso, deseaba no encontrarse con arañas, murciélagos o nuevos esqueletos. Desde luego, lo peor ya estaba visto. O más bien prácticamente no visto, porque Sergio se había apresurado a tapar sus ojos.

Fue entonces, cuando brotó un sonido en mitad de la oscuridad. En un principio ninguno de los dos distinguía lo que era. Pero poco después pudieron diferenciar los ladridos de Yo—yo. Tenía que ser él, con ese vozarrón canino que le caracterizaba, bastante más imponente que su físico.

¿De dónde venían sus ladridos?

Pronto, dejaron de oírse.

“¿¡Víctor, me oyes!” El grito de Lua se perdió entre las sucias paredes, repletas de cristales incrustados. Pero algo le dio un buen indicio, y es que su voz volvía para su sorpresa con cierto retorno.

¿Habría algún lugar amplio cerca? ¿Lo suficiente como para causar eco? ¿Era posible que hubieran llegado al lugar correcto tras tanto camino laberíntico?

— Oh, oh. Mira, Sara. Creo que...

— ¡No puede ser! Dime que eso... eso no es real.

— ¡Vaya que si lo es! —Sergio pegó un empujoncito a Lua, que continuó andando—. Tú primero, Sara.

Lo que contemplaban sus ojos era un espectáculo maravilloso. Las paredes se habían abierto, y el camino se había ensanchado, para crear una especie de enorme foso. De algún punto muy alto brotaba una cascada de agua limpia, que caía sobre las profundidades. Lua y Sergio rodeaban esta especie de pozo natural, por no llamarlo balsa o pantano. Las dimensiones de aquel lugar resultaban impactantes.

Si rodeaban la zona, de nuevo surgían varios arcos creados por estalactitas y estalagmitas, y pensaron que debían continuar por el más grande de ellos.

Ahora las huellas de Yo—yo resultaban invisibles, puesto que el suelo era más firme y duro que nunca.

¿Estarían aproximándose a alguna vieja mina? ¿Se encontrarían cerca de paredes repletas de oro o salas que guardaban tesoros? ¿Y si había algún guardián custodio?

Sea lo que fuere, Sara y Sergio, o Lua y Sergio, estaban muy emocionados por todo lo que estaban vislumbrando. Ni siquiera era necesaria la escasa luz de la antorcha, que amenazaba con apagarse.

Desde lo alto, allá donde brotaba el agua, como si se tratara de una enorme cúpula, descendían unos haces de luz que cegarían a cualquier persona o animal.

A Lua se le antojó incluso bonito.

Y espontáneamente, como quien da la enhorabuena o felicita a un amigo, besó a Sergio en la mejilla para darle las gracias.

— Guau! Hemos llegado al lugar correcto. Tenemos que estar yendo por el buen camino. —Sus vivarachos ojos expresaban alegría tras las enormes gafas de montura. Lua se frotaba las manos y miraba a Sergio complacida.

— ¡Gracias Sara! Pero no cantemos victoria, yo también puedo equivocarme. Hay tantos caminos...

— ¡Qué más da! Confió plenamente en tus facultades de guía. Parece como si te conocieras la ruta de principio a final. Yo creo que seguimos por el buen camino. Además, ya sabes, como diría mi abuela: “¡Todos los caminos llevan a Roma!”.

— Si no fuera por ti, Sara... —Sergio volvió a prender un poco el carbón de la antorcha, ya que volvían a alejarse de aquel vestíbulo lujoso e iluminado—. Gracias de verdad.

— De nada, supongo... — Lua se sonrojó, y estrechó la mano de Sergio para continuar su andanza por aquel camino, que tendía a estrecharse y ensancharse a cada dos pasos. Cualquiera diría, que aquel camino no finalizaba nunca—. De nada.

VIII

El camino había finalizado. Sergio y Lua se encontraron ante un enorme pozo, y ambos se preguntaron si aquella cavidad tendría fin. Puesto que, con la mera iluminación de la antorcha y desde el lugar en el que se encontraban, aquello parecía un negro y oscuro túnel.

Lua decidió lanzar una pequeña piedra, y contempló cómo caía sin dejar rastro, y sin causar el más leve ruido. Aquello no podía significar nada bueno, y un escalofrío le recorrió de nuevo todo el cuerpo. Eso sí, como siempre, se esforzó en ocultárselo a Sergio y esforzó una mueca simpática.

—Vaya, parece que las cosas se van complicando. ¿No? —Lua inquirió la pregunta frotándose las manos, estaba bastante nerviosa—.

—Bueno, no hay que darse nunca por vencidos. Quizá haya otro camino, o una escalera de subida... —Pero a su alrededor no había absolutamente nada. Realmente Lua vio en Sergio por primera vez un indicio de desesperación—.

—Creo que no... creo que no hay otra salida, Sergio. Tenemos que bajar.

A continuación, Sergio decidió atar la última cuerda que le quedaba. La enganchó firmemente de uno de los salientes puntiagudos de la pared, y la hizo deslizarse por el pozo.

—Está bien, espérame arriba. Yo seré el primero en bajar. Vigila la cuerda, por si acaso.

—Mucha suerte Sergio —Lua tragó saliva, y suplicó para sus adentros que nunca jamás pudiera pasarle nada malo—.

La cuerda se iba tensando, y Sergio, al parecer, estaba cada vez más abajo. Ya ni siquiera oía sus pies deslizarse por la pared. Tan sólo oía el ruido de un agua lejana, probablemente la de la enorme catarata de aquel claro en mitad de la cueva.

Pero llegó un momento, en el que la cuerda dejó de moverse. Y Lua comenzó a preocuparse. El tiempo se le escapaba de las manos, y la antorcha se iba quedando sin fuerza. Los suministros de carbón se agotarían inminentemente.

De repente, como un rayo de luz en mitad de una noche tormentosa, la cabeza de Sergio asomó del pozo. Apenas era capaz de asomar la nariz por aquel saliente, y Lua le ayudó con un último impulso.

La cara de Sergio reflejaba un estado lamentable. Tenía los ojos prácticamente en blanco, y se estiraba la camisa constantemente, como si hubiera visto algo de lo que estaría eternamente arrepentido.

—Sergio, ¿estás bien? —Lua acariciaba sus manos, y le hizo reposar la cabeza sobre sus piernas—. Contesta Sergio, por favor.

—Creo que... —Sergio titubeaba y los labios temblaban a cada sílaba que emitía—. Creo que no.

—¿Qué has visto? ¿Un horrible monstruo? ¿Una hidra de tres cabezas? ¡Dime, dime qué has visto!

—Nada de eso, Sara —Lo que hay allí abajo es... inimaginable, es un mundo—.

—¿Un mundo? ¿Te refieres a... un universo?

—No, un mundo. Una ciudad, enorme.

Según terminó de decir estas palabras, Sergio se incorporó y agarró firmemente a Lua. Estaba conmocionado, pero sus pupilas parecían recuperarse y adoptar un tamaño normal. Lo que había visto, se había quedado sin duda grabado en su retina.

—¿Una ciudad? ¿Abandonada? ¿Con gente?

—No lo sé, no pude asomarme demasiado. No me dio tiempo a ver a nadie. Los edificios son viejos, pero hay demasiados. Hay casas de varios pisos, no lo había visto jamás.

Lua se paró a reflexionar. ¿Edificios? ¿Una ciudad moderna? ¿Sería aquello una especie de futuro bajo tierra? No podía ser algo tan inverosímil. Que ella supiera, aquella historia no era de fantasía, y de repente nada le cuadraba.

Unos segundos después, cuando los dos niños seguían ensimismados, algo les sacó de su imaginación. Se produjo un ruido y un golpe seco.

A sus espaldas había una figura que la antorcha no llegaba a alumbrar. La figura de un hombre corpulento y aparentemente barbudo, que vestía un traje bastante estrambótico.

Apenas pudieron reaccionar, porque Lua y Sergio fueron agarrados por varias manos. Es como si en mitad de la oscuridad hubieran surgido varias silenciosas figuras.

Lua quiso gritar, quiso defenderse, pero no fue capaz. Una mano tapaba con fuerza su boca, y comenzó a darse cuenta, de que sus ojos se cerraban. Estaba quedándose dormida, y cuando quiso darse cuenta, estaba sumida en un profundo sueño.

El tiempo que desde aquel momento transcurrió, era bastante incierto. Podían haber sido simples minutos o incluso largas horas. Y ni siquiera soñaba con cosas horribles y pesadillas. No, era un sueño placentero. Como el sueño de un bebé, cuando deja de llorar y es acurrucado en el regazo de su madre, mientras se va calmando lentamente.

Cuando despertó, Lua se encontraba sobre una cama. Una cama con sábanas bordadas y un cabezal de hierro. Estaba rodeada por varias telas de colores, y le llegaba un olor bastante agradable. Un olor a cocina, a guiso como el que le hacía su abuela cuando estaba en casa.

De pronto, una mujer con el pelo canoso, abrió la cortinilla que rodeaba a Lua.

—Hola jovencita, ¿cómo te llamas? —A Lua aquella figura, se le antojó parecida a su abuela. Una mujer no demasiado mayor, pero con varias arrugas alrededor de los ojos y de la boca. La piel era blanca como la reluciente nieve. Con el ceño fruncido y una expresión graciosa en mitad de la frente —. ¿Acaso no vas a responder?

—Pero... ¿Quién es usted? ¿Por qué me he quedado dormida? —Lua estaba bastante consciente después de todo, pero sintió que aquella pregunta no le hizo demasiada gracia a la mujer, y antes de que la otra pudiera hablar, Lua respondió —. Sara, me llamo Sara. ¿Y usted?

—Vaya, pensé que nunca me lo preguntarías —Lua detectó cierto tono de sarcasmo, pero no estaba muy segura —. Me llamo Helena, da gracias a que te hemos recogido de las alturas, pueden ser muy peligrosas. Ah, y perdona los modales de mi marido. No ha sido muy cordial que digamos.

Desde el fondo del cuarto, Lua se esforzó por distinguir la cara del marido de Helena. Parecía ser el mismo que la había rescatado momentos u horas antes.

—Así que es usted... —Lua no pudo terminar la frase, aquel hombre era ávido como una pantera —.

—Don, sé que no es un nombre demasiado común —A continuación, le dedicó una sonrisa a Lua —. Perdona por la confusión, ya sabes, nunca podemos estar seguros de quién se interna en estos lares. ¿Pareces una muchacha muy curiosa no? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Don, demasiadas preguntas por el momento —Helena interrumpió a su marido con no demasiada cordialidad — Sara, te ruego que te sientes en la mesa, te he preparado un plato caliente.

—¿Pero... dónde estoy? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Vaya, veo que estás mucho más perdida de lo que yo imaginaba. Creo que después del reposo, causado por una pequeña dosis de plantas medicinales, deberías comer algo.

— ¿Plantas...? ¿Me habéis...? —Lua decidió no seguir haciendo más preguntas, y pensó que aquel matrimonio era demasiado simpático. ¿Buscarían algo? ¿Querrían algo de ella? ¿Por qué parecían tener tanta desconfianza aquellos seres?

— Tranquila, no es nada peligroso. Forma parte del protocolo. Imagínate, si fueras una intrusa... Pero ven chiquilla, ven a comer, te he preparado una sopa excelente.

Lua se incorporó de la cama, y posó los pies sobre el frío suelo. Pero reparó en que había una especie de zapatillas de algodón preparadas especialmente para ella a los pies de la cama. Tras calzarse los pies se aproximó a la mesa algo temerosa. Y se dejó caer en una de las amplias y cómodas sillas.

Todo aquello le resultaba tan raro... Sentía que los dos la miraban con desconfianza, y empezó a sentirse realmente una intrusa en aquel extraño y apacible lugar.

De pronto, se preguntó dónde estaba Sergio.

— ¿Y Víctor? ¿Y Yo—yo?

Pero creyó que por el momento sería mejor no hacer más preguntas.

A pesar de tantas facilidades, Lua no se sentía cómoda. Todo parecía demasiado fingido y falso.

La sopa estaba caliente, muy caliente. Pero notó cómo le templaba el estómago. Tan sólo miraba la cuchara, tenía miedo de levantar la cabeza. Así que decidió no pronunciar palabra mientras engullía el contenido de aquel plato.

IX

Mientras tanto, recluido en un cuarto bajo llave, se encontraba Sergio rodeado de una plena oscuridad. Según despertó, pensó que algo horrible pasaba, hasta que agudizó el oído y oyó una fuerte respiración al otro lado del cuarto. Una especie de gruñido animal.



— ¿Yo—yo? ¿Hay alguien ahí? —Sergio lanzó la pregunta al aire, esperando una respuesta lo más inmediata posible. Incluso pensó en salir corriendo. Hasta que se dio cuenta de que trataba de hablar con un perro—.

— ¿Sergio, eres tú? ¡Soy Vic! —La voz resonó en mitad de la oscuridad, e hinchó de una desmedida esperanza a Sergio—. ¿Cómo es que...?

— Vic, ¿sabes dónde está tu hermana? —Sergio acababa de darse cuenta de una clara ausencia, la de Lua—. ¿Dónde está Sara? ¿Dónde? —Sergio comenzó a ponerse histérico palpando las paredes en busca de una posible grieta que comunicara con otra habitación—.

— Es inútil buscar. Creo que estamos separados. O bueno, lo estábamos, hasta el momento. —La voz de Vic parecía hablar con mucha tranquilidad, o más bien bajo los efectos de algún tipo de medicamento—

— ¡Un momento! ¿Tú también te sientes adormilado? ¿Cómo si te hubieran dado un fuerte golpe en la cabeza? —Sergio comenzó a hilar hilos, y torció la mueca en cuanto cayó en el porqué de todo aquel asunto—. ¡Nos han drogado Vic! Nos han dormido para traernos hasta aquí.

— El caso es que... no recuerdo absolutamente... —De repente la voz se calló, como si alguien le hubiera tapado la boca con fuerza—. No...

— ¡Vic, despierta! No dejes que te haga más efecto. Tienes que hacer un esfuerzo. Creo que... no se fían de nosotros. Eso como poco. —La cabeza de Sergio estaba maquinando rápidamente, intentando buscar una salida a aquel lugar. Pero no hallaba la razón de por qué había sido separado de Lua—.

— Eso intento, ¿sabes qué pasa aquí? ¿Entiendes algo de todo esto? ¿Por qué diantres estamos encerrados?

Pero antes de que Sergio pudiera buscar respuestas para las preguntas de Vic, una luz les iluminó de golpe, como un faro a medianoche recalcando todos los brillos del océano.

Una figura, o más bien una silueta, se presentaba ante ellos con una postura muy digna.

— ¿Me permitís que tome asiento? —La voz sonaba grave y dulce, pues pertenecía claramente a una mujer mayor—. Decidme, ¿habéis enmudecido?

— ¿Quién eres tú? —Vic y Sergio plantearon prácticamente la pregunta a la vez, y en mitad de la penumbra pudieron verse por primera vez desde que se habían separado. Ambos estaban algo empalidecidos, quizá por aquello que les habían dado.

— Bueno, preferiría que me trataseis de usted, si no os importa. Me llamo Helena, y llevo viviendo aquí toda una vida —Se tomó una pausa para dar un gran respiro y suspirar—. Y bien, ¿quiénes sois vosotros?

— Yo soy Sergio, y mi... mi compañero se llama Vic. —Sergio respondió por su acompañante, dado que parecía que todavía no había despertado del estado de letargo y sus ojos tan sólo expresaban un extraño guiño—. Pero... ¿por qué nos hacen esto? No comprendo.

— Oh, sí, lo lamento. Son medidas de seguridad. Tranquilos, lo que os hemos dado es totalmente inofensivo. Se trata de una mínima esencia, extraída de la flor del...

— ¿Está usted insinuando que nos han dormido para traernos hasta aquí? —Vic habló repentinamente con fuerza, pero con ese mismo rostro convulso, como si fuera a emitir una arcada de un momento a otro—.

— Bueno, jovencito, yo preferiría no llamarlo así. Pero si eso es lo que quieres... entonces bien, creo. —Poco a poco los ojos de los dos jóvenes se hacían a la luz del candil, y vislumbraban la dulce y rígida expresión de aquella anciana—.

Tenía el pelo completamente cano, recogido por un pañuelo rojo. Su cara apenas cambiaba de expresión, mostrando una ligera sonrisa y unos ojos muy atentos. Además portaba un blanco delantal que cubría su falda, y sobre el cual se veían sus envejecidas manos.

No parecía tenerles ningún miedo, pero parecía ser muy precavida. Quizá buscaba algo en ellos. A juzgar por su mirada estaba bastante intrigada por la presencia de ambos jóvenes.

— ¿Dónde estamos?

Sergio planteó la pregunta con toda la inocencia del mundo, pero aquello no pareció calar hondo ni sentar precisamente bien a Helena, que por

primera vez se puso seria. Sergio se fijó en cómo clavaba las uñas en el delantal, nerviosamente. Aquella pregunta parecía haber afectado a aquella dulce y al mismo tiempo extraña mujer.

— ¿Qué dónde estáis? ¿Estarás de broma no? ¿Acaso has aparecido aquí por casualidad, por un milagro divino? ¿Has caído del cielo? Oh, vamos... no pretenderás que te crea. ¿Verdad?

Sergio se echó unos pasos hacia atrás, volvió a sentir aquellos escalofríos que provocaba aquel lugar, aquella cueva. Pensó que sería mejor no contestar a las preguntas, y esperó a que Vic pudiera sacarle del entuerto. Pero tan sólo se oyó un ladrido de Yo—yo, el cual Helena pareció ignorar completamente.

— Bueno... —Los ojos de Helena giraron entonces a su derecha, para clavar su mirada con fuerza en la de Vic—. El caso es que... estamos aquí por curiosidad. Tan sólo queríamos fisgonear. —Vic cruzaba los dedos tras su espalda, e intentaba refrenar el sueño que todavía le poseía—. Vimos el agujero, en mitad de la explanada, y quisimos bajar, como cualquier muchacho que planea una aventura o una expedición.

Las palabras de Vic habían sonado muy convincentes, no obstante Helena les sorprendió con una risotada. Se levantó sigilosamente de la silla donde estaba sentada, y les dio la espalda. Empujó una puerta y salió tras ella, bloqueándola con algún mueble que había en el cuarto de al lado. Puesto que se oyó chirriar algo sobre el suelo.

“Un momento!”

Pero el grito de Sergio se perdió en la oscuridad.

El tiempo se les hacía eterno. Vic y Sergio se formulaban todo el rato la misma pregunta el uno al otro: *“¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí?”*

No se oía absolutamente nada ahí fuera, y la puerta estaba completamente bloqueada.

Cuando ya parecía que nada fuera ocurrir, el mueble tras la puerta se desplazó de nuevo, y ésta se abrió de par en par. En esta ocasión, la an-

ciana parecía más decidida a hablar, llegó con una bandeja de comida en sus manos y les ofreció servirse.

Sergio y Vic, cansados y totalmente desubicados, decidieron aceptar la ofrenda con tal de llenar sus estómagos.

— Es tarde, está a punto de anochecer. ¿Cuánto tiempo lleváis de travesía?

— Quizá un par de días. No estoy muy seguro —Sergio respondía mientras masticaba un mendrugo de pan con un hambre voraz—

— Vaya, eso parece. No habréis probado bocado en días. Bueno, entonces, ¿sabéis dónde estáis?

— Definitivamente no. —Vic miró a Helena con gesto incrédulo, podía esperar cualquier reacción de aquella anciana, pero en esta ocasión parecía estar algo menos emocionada—.

— Bien, estáis en un poblado, un poblado sin nombre. Eso sí, algunos nos llaman “la tribu”. Supongo que por aquel empeño de ponerle nombre a todo.

— ¿La tribu? —Vic se mostró curioso pero decidió continuar dejando hablar a Helena— Perdone, continúe.

— Continúo. Al parecer, ya que no conocéis ni nuestro hogar ni nuestras costumbres, tendré que daros unas leves pautas. Desde hace mucho tiempo, muchos años, permanecemos aquí, resguardados del exterior. — Helena pareció atragantarse y tosió levemente, aclarándose la garganta para proseguir el discurso— . Somos una civilización envidiada, desarrollada, con recursos.

— ¡Vaya! Le juro, señora, que en mi vida había oído hablar de tal historia. —Sergio, a pesar de no tener ni idea, comenzó a imaginarse todo tipo de truculentas historias, batallas y guerrillas—. ¿Alguien más sabe de la existencia de...?

— Unos pocos. Muy pocos. —Helena volvía a mostrarse un poco más seria, pero esta vez con un toque de humildad y preocupación— Al menos,

son ellos los que nos mantienen informados del exterior. Pensad que apenas podemos salir de aquí, más con mucha cautela en altas horas de la noche. –Helena tomó un poco de pan y lo masticó despacio, como si tuviera la necesidad de mantener algo firmemente sujeto entre sus manos, que lo apretaban fuertemente—. La Iglesia, o incluso la realeza... no podrían enterarse de nuestra existencia. Nuestras casas, nuestros minerales, nuestros libros, nuestros escritos, nuestra sociedad, nuestra particular forma y visión de vida, nuestra propia versión de los santos escritos, una religión diferente... –De nuevo, Helena hizo una pausa y decidió quedarse callada—

— Vaya, esto que cuenta usted es muy interesante. Pero le prometo que nosotros no teníamos ninguna intención de...

— Tranquilo, Sergio. ¿Te llamabas...?

— Sí, sí, Sergio.

— ¡Vaya! Ahora que alcanzo a verte bien, pareces un muchacho muy pequeño. ¡Qué hago yo aquí contándote todas estas cosas! Te estaré aburriendo, a ti y a tu amigo.

— No, no, para nada. De verdad, me interesa muchísimo...

— ¿Acaso venías con una chica de tu edad? –La anciana volvió a mostrar de nuevo aquella intrigante mirada, y Sergio no pudo por menos que no dejar de mirarla fijamente—. Con una tal...

— ¿Lua? –Algo dentro de Sergio se despertó, y se le escapó una risa un tanto floja, como de alivio.

— Sí, es mi hermana. –Vic salió en su defensa, como sintiendo que si aquella mujer tenía que contarle a alguien algo de Lua, tendría que ser a él—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Está bien?

— Oh, sí, por supuesto, creo que ha reposado bastante. Por lo visto se encuentra feliz aquí, está maravillada.

Todos se giraron de golpe, la puerta se abrió de nuevo y por ella entraba un hombre calvo y bastante menudo.

“La niña, ya está aquí”.

Helena se levantó, irguiendo de nuevo el candil para iluminar la habitación y les hizo un gesto a Vic y Sergio para que la siguieran.

Atravesaron un salón contiguo, decorado muy vastamente pero con amplias estanterías llenas de grises y viejos libros. Finalmente, salieron de la casa escoltados por Helena y aquel hombrecillo calvo.

Allá fuera, todo era exactamente igual que en el interior de la casa. No llegaba la luz solar pero todo parecía perfectamente iluminado, con miles de lámparas encendidas colgando de las rocosas paredes. Las casas se apiñaban en filas, e incluso las había de varios pisos, construidas en madera y piedras.

Sergio no cesaba de observar aquel paraje boquiabierto, mientras Vic miraba en derredor con tal de encontrar a su hermana en algún oscuro rincón. Podía haberle ocurrido cualquier cosa, pero aquellos habitantes parecían ser amantes de las intrigas y los misterios.

Poco después, tras caminar entre varias hileras de casas, y siendo observados por todo tipo de habitantes, mayoritariamente ancianos, llegaron a una parte de la cueva completamente desierta.

Una niña, la única por lo visto, bebía agua de una especie de fuente que brotaba de una de las rugosas paredes. Vic estaba mirándola fijamente, con curiosidad. Hasta que se dio cuenta de que Helena y el otro acompañante habían detenido el paso.

“¡Vic, Sergio!”

¡Cómo no podía haberse dado cuenta! Aquella niña era su hermana. Estaba ataviada con ropas de algodón y un grueso abrigo, pero aquel gritillo había sido inconfundible.

Lua corrió directa hacia su hermano y se fundieron en un cálido abrazo, con tanta efusividad que Sergio casi cayó de espaldas al suelo.

“¡No puedo creer que estéis aquí, ¿también os han traído!? Pensé que no volvería a veros.”

Poco después, Lua se acercó a Sergio para abrazarle más tímidamente, y fue este quien la dio un enorme achuchón. Mientras tanto, Yo —yo bailoteaba a su alrededor, emitiendo ladridos de júbilo.

— Vaya, por lo visto los hermanitos y el amigo vuelven a reunirse. —El acompañante de Helena les miraba sonriente. ¡Qué bonito!

— ¡Gracias Don, pensé que les había perdido! —Lua le dedicó un guiño a aquel hombre, y se puso a darle pegajosos besos a su hermano —.

— Para Lu... Sara. Estate quieta. ¡Me vas a pringar! —Vic comenzó a ponerse rojo después de tanta muestra de afectividad por parte de su hermana —. Quizá deberíamos salir de aquí, nuestros padres nos echarán de menos. ¿No?

— Sí, les prometemos que no contaremos absolutamente nada de esto a nadie. —Sergio procuró acercarse a Helena para dedicarle unas palabras de despedida, o incluso inclinarse y besarle el dorso de su mano —. ¡Ha sido una experiencia magnífica!

Pero, como una tormenta que acapara el cielo, algo en el ambiente se tensó. Las caras de Helena y Don reflejaron una cara de sorpresa. Incluso los aldeanos que había unos metros más allá, y que observaban con sus curiosos ojos como cientos de gatos esperando en la oscuridad, comenzaron a cuchichear entre ellos. Algo, claramente, no marchaba demasiado bien. Aquel diálogo parecía haber levantado ampollas.

— De eso nada. ¡De aquí no sale nadie!

El grito de Helena, una anciana regordeta y apacible, reflejaba una crispación. De repente, su cuerpo y su cara parecían transformarse. A los jóvenes se les antojaba momentáneamente a un bonito cordero, que de repente muestra toda la temible fiera que esconde dentro. ¡Una pantera, o cualquier animal fantástico del bosque!

— Yo me encargo de esto Helena, ve a cerrar el túnel de entrada.

Los tres jóvenes se agolparon, y dieron unos pasos hacia atrás. Aquella cueva no tenía salida. Estaban atrapados.

Lua le dio la mano a Sergio y a su hermano, esperando que ocurriera un milagro, como en las películas. Comenzaba a sentir un horrible mareo, y pensaba que nunca más podrían salir de allí.

X

Cuando quiso oponer resistencia, Lua se dio cuenta de que los habitantes de aquel lugar comenzaban a acercarse hacia ellos. Por primera vez, la pequeña se sintió como una especie de pieza de caza.

Sergio la agarró de la muñeca, mientras Víctor se ponía delante de ellos como si aquello fuera a servir de algo.

Parecía que todo estaba terminado, que serían apresados y tendrían que permanecer allí de por vida con tal de no revelar ningún secreto. Lua recordó la voz del padre de Sergio, aquella voz quebrada. Y se dio cuenta de que tenía toda la razón, de que la existencia de aquel lugar nunca debió haber sido nombrada.

Desde luego, no parecían mala gente. Pero algo tendría que haber pasado allí para que tuvieran tanto miedo del exterior. Habrían sufrido engaños, persecuciones, ataques, robos...

Pero no había tiempo de intentar convencer a nadie. Parecían demasiado decididos.

De repente, sucedió algo inesperado.

Una nube de humo comenzó a brotar de a saber qué rincón de aquella cueva. Por unos instantes, todo lo que se podía vislumbrar era una nube gris. Lua sentía cómo Sergio la arrastraba cogiéndola fuertemente de la muñeca, pero no sabía hacia dónde estaban yendo. ¿Estaría alguien intentando ayudarles?

Entre la confusión, se oían gritos y toses producidas por la inhalación del humo. El pánico ya se había sembrado. Y pronto comenzaron a oírse golpes, como si un enorme árbol estuviera derrumbándose sobre el suelo. Parecían impactos de un cañón, pero Lua comenzaba a estar cada vez más perdida.

Los ojos le escocían y varias gotas de sudor resbalaban por su frente.

Durante aquel camino sin sentido, Lua tropezaba. Y con la misma torpeza que caía, se levantaba, sin pensar en las heridas que empezaba a tener por manos y piernas.

– Sara, ¿me oyes? –la voz de Sergio se hizo clara al fin—. ¿Me oyes? ¡Agárrate fuerte!

– Sergio no veo nada, no veo, de verdad. ¿Qué está pasando?

– No lo sé Sara, pero agárrate a esta cuerda, tenemos que subir hacia arriba. No hay otra salida.



Lua forzó entonces los ojos y abrió fuertemente los párpados. Parecía que el humo se había disipado ligeramente. Lua veía por fin la gruesa cuerda, que temblaba entre sus manos. Sergio la ayudó a impulsarse.

Casi como guiada por un halo de esperanza, Lua subió la cuerda como si llevara escalando toda su vida. Ella misma se asombraba cuando miraba bajo sus pies. Sergio subía tras ella, trepando con la misma habilidad. Con tan sólo imaginar que podrían escapar de allí, Lua esbozó una leve sonrisa cuando logró pisar una cima.

Sergio iba tras ella. Ahora comenzaba a verlo todo mucho más claro.

Su hermano Víctor estaba esperándoles. Estaba riéndose a carcajadas, como si no terminara de encajar aquella aventura que estaban viviendo.

– Vic, ¿quién nos está ayudando? ¿Qué ha pasado?

– Lu... Sara... ¿Acaso no lo entiendes? ¡Están siendo atacados! Alguien nos ha debido seguir. Alguien ha debido expandir a voz en grito el emplazamiento de este lugar. –Empezó a reírse con tanta fuerza que Lua tuvo que taponarle la boca enojada –.

– Vic, ¿no te das cuenta? ¡Van a acabar con esta pobre gente! No tienen la culpa de nada. –Lua empezaba a sentirse culpable. Aquella civilización sería exterminada. Les robarían todo el oro y todos los bienes. Quemarían sus libros...

– ¡Ahora eso qué más da! –Vic miraba a su hermana impertérrito, clavándole los ojos en las pupilas –. Sara, ¿no te das cuenta? ¡Podríamos haber muerto, nosotros!

– ¿Pero qué estás diciendo? Quizá si tan sólo hubiéramos intentado dialogar con ellos...

– No serviría de nada. –Sergio estaba intentando rescatar material de su mochila, pero había perdido casi todo por el camino –. Mi padre me lo advirtió. Me advirtió de la peligrosidad de esta gente Sara.

– No, Sergio. –Lua sintió un cosquilleo en el estómago cuando se vio llevándole la contraria a aquel personaje al cual tanto aprecio comenza-

ba a tener—. Los peligrosos no son ellos. ¡Somos nosotros! Intentando hacernos con todo lo bueno que ellos tienen. Envidiando sus casas, su riqueza. Echando por tierra toda religión distinta. Les tenemos miedo, ¿no te das cuenta? Tenemos miedo a que sean más fuertes que nosotros.

— ¿Estás segura? ¿Crees que mi padre se refería a eso? ¿A la importancia de no hablar a nadie de este lugar con tal de mantenerlo seguro?

— ¡Pues claro! El peligro somos nosotros, Sergio.

— Entonces no entiendo absolutamente nada. ¿Por qué tanto interés en llegar hasta aquí?

— ¡Para que te dieras cuenta Sergio, para que abrieras los ojos! Esta gente, empezó siendo campesina, al igual que nosotros. ¿No lo ves? Cuando tu padre te advirtió del peligro, se refería a esto. A lo que está ocurriendo ahora mismo. Que algún día este lugar sea descubierto. O que los propios ciudadanos pudieran confundirnos con atacantes y prendernos fuego en una hoguera. —Lua frunció el ceño al decir esta última frase, sin estar muy segura de lo que decía, pero al menos sonó convincente. Dudaba mucho de que aquella gente fuera capaz de cometer semejante atrocidad, pero estarían muy cansados de ser constantemente rechazados—.

Sergio agachó la cabeza y se puso a pensar, moviendo ligeramente los labios, como si estuviera hablando consigo mismo.

— Está bien Sara. Basta de tonterías. —Vic continuó el camino subiendo por una pequeña escalinata—. ¿Subís conmigo, o qué? ¿No pretenderéis quedaros mirando como pasmarotes?

— No, Vic. Sara tiene razón. Todo esto tiene que haber servido de algo. No podemos irnos sin más. Tenemos que ayudar a esta gente. Tenemos que... que devolverles la confianza que han perdido. —Sergio miró a Lua de forma cómplice, y después la guiñó un ojo—.

Sara abrazó a Sergio y a continuación se quedó quieta, como esperando que este supiera cuál era el siguiente paso que habrían de dar.

— Oh, no. Otra vez no. —Vic bajó las mismas escaleras por las que acababa de subir y se resignó de nuevo—. Está bien, prometédme que saldremos vivos de aquí. Porque si no, si no... —Se quedó pensando unos instantes algo interesante qué decir, pero nada se le ocurría—. De acuerdo, ¿alguna idea?

— Creo que... deberíamos encontrar otra manera de bajar. No creo que nos queden suficientes fuerzas como para descender por la cuerda.

— Además, si encontramos un atajo, podremos sorprender a los atacantes. Pero me pregunto quiénes serán. ¿Irán armados?

— Me temo que sí Sara. No creo que ningún campesino que sepa de su existencia quiera atacarles. Más bien lo contrario, un ejército de gente rica ansiosa de dinero. ¿Llevarán espadas? —A Sergio le castañetearon los dientes con sólo imaginarse tal escena bélica—.

— ¿Se puede saber qué vamos a hacer contra esta gente? Estamos literalmente muertos. —Vic se sentó y se frotó nerviosamente la cara—. Muertos.

— No tan rápido, chicos.

Sergio extrajo de su saco unos cuantos trozos de cartón y comida envuelta en paños. Pero de uno de ellos, extrajo un puñal que parecía bastante afilado.

Lua se echó para atrás y soltó una leve exclamación.

Sergio lo empuñó con fuerza y lo sostuvo en el aire, haciendo unos movimientos más propios de un caballero del ejército que de un simple niño.

— ¿No estarás pensando en...? —Lua estaba atemorizada—.

— No creo que sea necesario. Pero siempre es bueno para intimidar. ¿Acaso crees que sería capaz de hacer daño a alguien? —Sergio parecía asumir el control de la situación con mucha destreza. Vic estaba asombrado—.

Tras subir varias escaleras y caminar de nuevo por oscuros pasadizos, llegaron a aquel punto de encuentro. A aquel enorme lago con cascadas que surgió anteriormente en mitad de la nada. Permanecía igual de cristalino, pero en esta ocasión no tenían tiempo alguno para entretenerse.

Esta vez, tomarían otro camino que parecía bajar hacia el poblado. Un camino plagado de pisadas, huellas, e incluso algún que otro objeto perdido. Por el momento, allí no había nadie.

XI

Por fin, tras un largo rato de andadura, llegaron al poblado. Caminaron sigilosamente, bordeando las cavidades y manteniendo firme la cabeza. Lua sabía que estaba muerta de miedo, era consciente, pero procuraba disimularlo y no pronunció ni una sola palabra.

Vic caminaba algo enfadado, cruzado de brazos, de vez en cuando le daba alguna patadita a las piedras. Sergio se encargaba de mirarle con semblante serio cada vez que lo hacía, y Vic parecía parar durante unos minutos.

Llegaron de nuevo, al lugar del que habían escapado. Pero allí no quedaba ningún resquicio de vida. Las casas continuaban igual, la nube de humo se había desvanecido. Sólo había restos de objetos partidos en pedazos por el suelo. Alguien había corrido despavoridamente y había perdido una de sus zapatillas.

Estuvieron dando vueltas en derredor pero allí no había el más mínimo índice de vida. ¿Dónde se los habrían llevado?

Lua procedió a llamar a la puerta de una de las primeras casas, pero nadie contestó. Sergio se limitó a buscar sin ton ni son, por dónde podrían haber escapado con los ciudadanos de aquel lugar. Y Vic, mostrándose algo más colaborador sin perder su punto escéptico, aporreó distintas puertas también.

Nada, allí no quedaba nadie.

— ¿Estarán escondidos? —Inquirió Lua a su hermano y a Sergio—.

— Imposible, tienen que haber escapado por alguna parte. —Sergio parecía muy seguro y observó rastros de pisadas y huellas. Pero se había producido tal batalla, que sólo le confundían aún más—. Desde luego no tienen muchos medios. No parece haber ninguna armadura, ni ninguna roca mellada por una espada, ni siquiera un mísero trozo de tela.

– ¿Qué quieres decir? – Vic le miraba fijamente, conservando su habitual ceja arqueada y su sonrisita provocadora –.

– Quiere decir, Vic, que no parecen caballeros ni nobles. Si no, al menos eso creo yo, lo habrían hecho de otra manera... menos brusca.

– En efecto, Sara – Sergio miró a Lua, que se había avergonzado ligeramente y había inclinado la cabeza –. ¡Tenemos que encontrarles, seguidme!

Sergio comenzó a descender una pendiente que había tras las casas, intentando seguir el rastro de toda aquella gente. Lua y Víctor le siguieron sin comprender absolutamente nada de lo que pretendía Sergio.

Pero poco después, no tardaron en descubrirlo. Allí abajo, había varios ciudadanos atados y amordazados, los unos de espaldas a los otros. Había siete u ocho hombres apuntándoles con espadas, parecían ser gente normal por su atuendo. Pero parecían faltar muchos de los que allí residían, podrían habérselos llevado a cualquier otra parte de las profundidades.

Sergio se agachó y les hizo a una señal a sus dos compañeros. Yo – yo les seguía apaciblemente como si de verdad supiera que estaban bajo una situación de riesgo.

– Escuchadme, vosotros dos bajaréis por aquel lado de la pendiente. Tenemos que encontrar a los demás.

– Pero yo... – Lua estaba tiritando, allí abajo empezaba a hacer frío –. No... tengo miedo. – Una vez hubo pronunciado la palabra "miedo", la cara de Sergio cambió. Por primera vez veía cierta debilidad en aquella chica, y eso le gustó –.

– Tranquila, puedes quedarte aquí arriba, Vic y yo bajaremos despacio.

A continuación, los muchachos descendieron la ladera procurando hacer el menor ruido posible, y el corazón de Lua comenzó a palpar cada vez más rápido. Aquel era el primer juego del escondite al que jugaba a per-

der o a ganar de verdad. Pero sabía que se jugaba mucho más que eso. Posiblemente su cuello estaría en peligro. Podrían confundirles incluso con los propios ciudadanos y amordazarlos junto a los demás.

Mientras Lua pensaba hipótesis dispares, Yo—yo se acercó al borde de la roca y se asomó. No parecía ver demasiado bien lo que allí abajo ocurría. Pero de repente, dio un ladrido que retumbó en todas las paredes de la cueva.

Lua se echó para atrás, y cayó de espaldas dándose un pequeño golpe en la cabeza.

A continuación sólo oyó un grito. “¡A por ellos!”.

Cuando quiso ponerse en pie, el inútil de Yo—yo trepó hacia sus brazos dando cada vez ladridos más fuertes. Estaba asustado. Cuando quiso reaccionar, una mano la agarraba fuertemente.

Bajaron a Lua con todos los demás, y la colocaron frente a Víctor y Sergio. Sus manos estaban atadas con duras y ásperas cuerdas. Era imposible zafarse de ellas.

— ¿Quiénes sois? ¿Y qué hacéis aquí? —Un hombre de grandes barbas, vestido con ropa de campesino al igual que los demás, tomó las riendas de la situación.

— ¿Cómo sabe usted que no somos de aquí? —Lua pronunció la pregunta sin medir sus palabras, mirando al hombre fijamente a la cara—.

— Os habríamos visto, nadie se nos escapa. Y además, ¿acaso has visto algún niño en este pueblucho? —El hombre daba miedo, desde luego, pero cada vez parecía ser más normal. De hecho, Lua se fijó en que su espada era de madera. Afilada, pero de madera—. Vaya, ¿no contestas? ¿Te ha comido la lengua el gato?

— ¡Claro que no! Por favor, ¡suéltenos, se lo ordeno!

— ¡Sara! —Sergio la estaba mirando fijamente, como ordenándole que mantuviera la boca cerrada—. Sara, para, no sabemos ni quiénes son. No parecen querer hacernos daño.

De repente, otro de los hombres, uno que tenía el pelo cano, comenzó a reírse.

“No les interrogues más, son ellos, avísale”.

Los tres niños se preguntaron qué diablos ocurría allí. Desde luego, las cosas parecían calmarse, pero no entendían de qué iba toda aquella broma.

— ¡Soltadles! ¡Ahora mismo! —Un hombre cuya voz a Lua le resultaba familiar salió de la oscuridad, con más hombres y ciudadanos maniatados detrás—. ¿Os han hecho algo, chicos?

— ¡Papá! ¡Estás aquí! —Al fin Lua comenzó a atar hilos y entendió toda la situación, a pesar de que su hermano continuaba con cara de póker—. ¿Has venido por mí?

— Sí hijo, ¿estás bien? ¿Quiénes son...?

— Son mis compañeros de aventura. Ven papá, son Sara y Vic. —Los hombres soltaron rápidamente a Víctor y Lua. Mientras Sergio abrazaba con fuerza a su padre—.

La verdad era que aquel hombre de voz tan escalofriante tenía unos rasgos dulces y una sonrisa preciosa. Aquella voz que había oído al principio de la historia, nada tenía que ver con su dueño.

Al parecer, el padre de Sergio había decidido ir a buscarles junto a varios campesinos más. Al tardar varios días, se habían preocupado. El padre de Sergio, cuyo nombre Lua no conseguía pronunciar, parecía estar arrepentido. Y había recorrido toda la cueva en busca de su hijo.

Pero por lo visto, los planes para con los ciudadanos continuaban igual. Una vez hubieron charlado los tres con aquel amable hombre, la situación se tensó de nuevo.

— Bien, ¿ha ocurrido algo? ¿Estáis bien? Estaba preocupado por ti hijo.

– Sí papá. Estos hombres han sido muy amables con nosotros, no tienes nada de lo que preocuparte, de verdad.

– ¿Cómo? ¿Y por qué... por qué tardabais tanto?

– Bien, papá, creo que no te has dado cuenta de la situación...

Durante varios minutos Sergio y Lua explicaron la situación al padre de éste. Aquella gente era totalmente pacífica, pero por lo visto su padre no le había enviado allí para que descubriera el valor de aquel lugar. Sino para que se diera cuenta de cuán peligrosa podía ser aquella gente de las cavernas, para que nunca hablara de ello, para que nadie nunca jamás pudiera aproximarse y curiosear en su interior. Y mucho menos un niño.

Mientras charlaban, fueron desatando a los pobladores de aquel lugar, una vez el padre de Sergio dio la orden.

Fue difícil convencer al padre y los demás hombres de la moral y la fe de aquellas personas, de lo perseguidos que habían estado siempre. Todo eran mitos y leyendas durante años y años para asustar. Algún campesino voraz habría inventado bulos para ayudarles, y que nadie más tuviera el valor de entrar allí. Algún buen hombre de campo que sabía que tenía que ayudarles.

O si no, desde luego, habría sido todo lo contrario. Algún noble que supiera de su existencia podría haber mandado atacar aquella ciudad, al ver que sus avances podrían suponer un peligro. Allí no se deseaba a nadie diferente.

Desde luego, todos los allí presentes confirmaron que habían sufrido varios ataques, siempre provenientes de hombres armados. Por lo tanto se confirmaba la teoría de que aquel lugar suscitaba interés, y desde luego mucho miedo. Miedo a que aquella civilización pudiera ser mucho más fuerte.

Los que allí vivían, se habían visto obligados a batallar con tal de defender sus legados, sus libros y sus casas. Pero eran gente inocente, que tan sólo habían luchado por afán de supervivencia.

Al despedirse, Lua, Sergio y Vic dieron las gracias a Don y su mujer. Estos, por su parte, se excusaron por la desconfianza que habían ejercido sobre ellos. Y les invitaron a un humeante té de hierbas aromáticas. A ellos y a todos los campesinos—soldados. Unos brindaron con vino, otros con agria cerveza. Pero por fin, todos estaban juntos, y se había llegado a un entendimiento.

Lua se alejó, despacio, preocupada por sus padres. Ellos también estarían buscándola. Habría que abandonar el lugar, pero ello significaba también el fin de su aventura.

Y Lua no lo deseaba así. Se aferró con fuerza a que aquel magnífico sueño continuara, a que nunca acabara.

Sergio la notó algo extraña, y se acercó a ella.

Una vez estuvieron los dos, fuera del enorme salón donde todos estaban reunidos, los ruidos dejaron de molestarles y poco a poco tuvieron un momento de calma juntos.

Sentado en la banqueta, y muy próximo a Lua, Sergio por primera vez se sinceró con ella, y la cogió de la mano.

— Lua, muchas gracias por todo. Aun así, no sé qué habría sido de mí sin ti. De verdad, quería darte las gracias...

— No, más bien tengo que dártelas yo a ti. —El corazón de Lua latía cada vez con más fuerza... Aquello parecía una famosa escena de las películas que Lua había visto por la televisión. Una de esas pelis románticas—. Gracias por todo Sergio, ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero necesitaba decírtelo otra vez.

— Supongo que ahora... —Sergio agachó la cabeza, sin dejar de mirar a Lua. Ahora, acariciaba su mano—.

Lua hizo algo de lo que nunca podría arrepentirse. Y por primera vez, no se avergonzó de algo que había hecho. Se acercó a su compañero y le besó suavemente los labios.

Sergio la miró extrañado, y después, sonrió.

Continuaron besándose e inevitablemente, Lua comenzó a pensar cuánto tiempo de vida le quedaría a su historia, o más bien a su cuento de amor.

Pero nada más pensar en la realidad, y extraer su mente de aquel cuento, aquel mundo de nuevo comenzó a vibrar. Las paredes de la cueva se retorcían, como alguien enfermo de dolor. Las vigas se doblaban como si fueran de plástico y las paredes se desvanecían sin hacer ruido, sin crear ni una sola grieta. En esta ocasión, tan sólo se oía el sonido inconfundible del cosmos, o del espacio. Sea lo que fuere, se avecinaba aquella nada que le transportaría de nuevo a casa.

“Sergio, tengo que decirte una cosa.... Ser... Sergio... Tengo que... que...”. La voz de Lua se desapareció, y el sonido de la nada se hacía cada vez más fuerte. Lo último que vio fue la figura de Sergio, que parecía congelado e inmóvil, estático como una firme estatua. Su imagen poco a poco se transformó en un remolino, junto a todo lo demás. Todo desaparecía por un sumidero que parecía un agujero de negro.

Y de repente, todo era blanco. Lua estaba sola, flotando en calma. Todo aquel caos había quedado muy atrás. Y ahora, sólo estaba ella.

Y pensó para sus adentros: *“Sergio, te quiero”*.

La pequeña Lua estaba sentada sobre la cama, tumbada, igual que como la había dejado hacía ya... ¿cuánto tiempo había pasado?

Su hermano estaba a su lado, y sin más dilación, se levantó de la cama berreando algo así como *“¡pues vaya aburrimiento, vaya cuento!”*.

No parecía haberse dado cuenta de nada. Ni él, ni Yo—yo, que caminaba torpemente siguiendo a Víctor hacia la puerta. Este la cerró tras de sí de un portazo, la muchacha se quedó sola otra vez.

Quizá lo habrían sentido, pero parecían haberlo olvidado todo. Lo que estaba muy claro, es que nadie les había echado de menos ni notado su ausencia.

Dejó el lector suavemente sobre las sábanas. Y miró a su alrededor.

Comprendió pues, mientras miraba la luz de la calle y las farolas que entraba por la ventana, que nada de todo aquello había sucedido.

Y fue entonces, cuando por primera vez, pasada la magia de un libro, Lua lloró con una de sus historias.

